

Crónicas de ciudades discontinuas: *Francesco Careri y Ciudad Juárez*

***Cròniques de ciutats discontinues:** *Francesco Careri i Ciudad Juárez*

****Chronicles of discontinuous cities:** *Francesco Careri and Ciudad Juárez.*

Carles Méndez Llopis

Departamento de Dibujo

Centro de Investigación Arte y Entorno

Universitat Politècnica de València.

cmendezllopis@gmail.com

ORCID <https://orcid.org/0000-0003-4401-1791>

Hortensia Mínguez García

Departamento de Dibujo

Centro de Investigación Arte y Entorno

Universitat Politècnica de València.

hortemiguez@gmail.com

ORCID <https://orcid.org/0000-0002-8531-4572>

Rebut/ Received /Recibido: 27/02/2024

Avaluat / Peer reviewed / Evaluado: 24/10/2024

Publicat / Published / Publicado: 17/01/2025

© The author(s)

© of the edition: *on the w@terfront*. Universitat de Barcelona

Licence



Com citar/ How to quote/ Como citar/ Comment citer/ Come citare

Méndez Llopis, Carles & Mínguez García, Hortensia. "Crónicas de ciudades discontinuas: Francesco Careri y Ciudad Juárez". *On the w@terfront*. Barcelona. Universitat de Barcelona vol. 67, p. 3-38. [ISSN on-line: 1139-7365]. DOI: <https://10.1344.2025.67.01.1>

Resumen

En agosto de 2019, Francisco Careri visitó Ciudad Juárez —una población al norte de México, colindante a El Paso (Tx.)— para impartir el taller “El caminar como práctica estética” y mapear psicogeográficamente el espacio urbano de esta localidad. Ciudad Juárez es frontera con Estados Unidos, es industrial y americanizada, con un urbanismo horizontal diseñado para automóviles que la hace de difícil lectura. Sin embargo, lo que en un principio pudiera plantearse como un problema arquitectónico tradicional —lugares indeterminados, ignorados o vacíos— para Careri implicaba la posibilidad de poner en práctica un enfoque participativo de la urbe, de dirigir el taller hacia una transformación espacial y simbólica que respondiera a las necesidades y deseos de sus comunidades, de quienes habitaban dichos espacios. Durante el último cuarto de siglo, este reconocido arquitecto —y su Laboratorio de Arte Urbano Stalker/Observatorio Nómada (1995)— ha empleado dos instrumentos creativos diferentes para relacionarse con el espacio público más allá de los estudios de arquitectura y urbanismo convencionales: el caminar y el detenerse. Así, dirigidos a las sucesivas caminatas permitieron leer la ciudad de forma participativa, habitarla en ciertos momentos, para proyectar simbólicamente sus diferentes construcciones. Al proponerlos como modo de búsqueda, se estimulan capacidades creativas y colectivas que transforman aquello que se transita: cada jornada supuso tomar lúdicamente la ciudad, yuxtaponer dimensiones narrativas, sumar relatos y vivencias de los sujetos que la viven y comparten, para pasar a considerarla como un espacio relacional de intercambio, complejo y multidimensional. Al finalizar la experiencia, Careri concedió una entrevista que sirvió de herramienta para configurar el presente texto, para trascender el mero registro de vivencias e ir delimitando respuestas posibles a la pregunta ¿qué es hacer ciudad? Exponer, en última instancia, un territorio que es, simultáneamente, arquitectónico y político, informe y plural, artificial y público, conflictivo y compartido, emancipado y apropiado, etc. De este modo, más allá de atestiguar simplemente el encuentro con Ciudad Juárez, tanto el taller como sus reflexiones, abrieron la posibilidad de cartografiar su anatomía y dimensionar su materialidad, de entender los diferentes sistemas de poder en la urbe —al mismo tiempo que sus resistencias—, de visibilizar sus violencias y de recuperar la convivencia a través de la activación de su ciudadanía. Gracias a esta práctica fenomenológica surgieron nuevas lecturas y experiencias de dicho entorno al considerar el espacio desde perspectivas emocionales que lo dotaron de significaciones estéticas. Así, el texto, aporta métodos para un análisis espacial muy concreto de la ciudad, uno alimentado por la clave narrativa que —fuera de la oficialidad— la construye estéticamente al recorrerla.

Palabras clave: *Ciudad Juárez, caminar, práctica estética, Francesco Careri, narrativa urbana, construcción del espacio.*

Resum

L'agost del 2019, Francisco Careri va visitar Ciudad Juárez —una població al nord de Mèxic, confrontant a El Paso (Tx.)— per impartir el taller “El caminar com a pràctica estètica” i mapejar psicogeogràficament l'espai urbà d'aquesta localitat. Ciudad Juárez és frontera amb els Estats Units, és industrial i americanitzada, amb un urbanisme horitzontal dissenyat per a automòbils que la fa de difícil lectura. No obstant això, el que al principi pogués plantejar-se com un problema arquitectònic tradicional —llocs indeterminats, ignorats o buits— per a Careri implicava la possibilitat de posar en pràctica un enfocament participatiu de l'urb, de dirigir el taller cap a una transformació espacial i simbòlica que respongués a les necessitats i desitjos de les seves comunitats, de qui habitaven aquests espais. Durant l'últim quart de segle, aquest reconegut arquitecte —i el seu Laboratori d'Art Urbà Stalker/Observatori Nòmada (1995)— ha fet servir dos instruments creatius diferents per relacionar-se amb l'espai públic més enllà dels estudis d'arquitectura i urbanisme convencionals: caminar i aturar-se. Així, adreçats a les successives caminades van permetre llegir la ciutat de forma participativa, habitar-la en certs moments, per projectar simbòlicament les diferents construccions. En proposar-los com a mode de cerca, s'estimulen capacitats creatives

i col·lectives que transformen allò que es transita: cada jornada va suposar prendre lúdicament la ciutat, juxtaposar dimensions narratives, sumar relats i vivències dels subjectes que la viuen i comparteixen, per passar a considerar-la com un espai relacional d'intercanvi, complex i multi-dimensional. En acabar l'experiència, Careri va concedir una entrevista que va servir d'eina per configurar aquest text, per transcendir el mer registre de vivències i anar delimitant possibles respostes a la pregunta què és fer ciutat? Exposar, en darrer terme, un territori que és, simultàniament, arquitectònic i polític, informe i plural, artificial i públic, conflictiu i compartit, emancipat i apropiat, etc. D'aquesta manera, més enllà de testificar simplement la trobada amb Ciudad Juárez, tant el taller com les seves reflexions, van obrir la possibilitat de cartografiar-ne l'anatomia i dimensionar-ne la materialitat, d'entendre els diferents sistemes de poder a l'urb –al mateix temps que les seves resistències–, de visibilitzar les seves violències i de recuperar la convivència a través de l'activació de la ciutadania. Gràcies a aquesta pràctica fenomenològica van sorgir noves lectures i experiències de l'entorn esmentat en considerar l'espai des de perspectives emocionals que el van dotar de significacions estètiques. Així, el text aporta mètodes per a una anàlisi espacial molt concreta de la ciutat, una alimentada per la clau narrativa que –fora de l'oficialitat– la construeix estèticament en recórrer-la.

Paraules clau: *Ciudad Juárez, caminar, pràctica estètica, Francesco Careri, narrativa urbana, construcció de l'espai.*

Introducción. Las narraciones de la ciudad

Paradoja de la frontera: creados por los contactos, los puntos de diferenciación entre dos cuerpos son también puntos en común. La unión y la desunión son indisolubles. De los cuerpos en contacto, ¿cuál de ellos posee la frontera que los distingue? Ni uno ni otro. Es decir: ¿nadie?

Michel de Certeau, *La invención de lo cotidiano* (2000, p.139)

Ciudad Juárez es una ciudad fundada en 1659 situada al norte de México, en el estado de Chihuahua, a orillas del Río Bravo. Al otro lado del río, se encuentra territorio estadounidense —la ciudad de El Paso (Texas)— por lo que, esta urbe, ejerce de frontera que intercambia diariamente múltiples servicios, materiales y dificultades con su vecino del norte, además de acumular aquellas problemáticas propias del país y las vicisitudes de localizarse como límite político entre dos países.¹ Su crecimiento florece al inicio del siglo XX (Martínez, 1982; Flores Simental, 1995) —sobre todo, desde la llegada del ferrocarril— al nutrirse de oleadas migratorias al calor del bracerismo y se consolida con la llegada de las maquiladoras en la década de los sesenta:² “La llegada de la industria maquiladora vino a cambiar toda la estructura económica y social de Ciudad Juárez. Las empresas norteamericanas invirtieron sus capitales y desarrollaron la industria del ensamblaje.” (Stern, 2007, p.101). Sin embargo, pese a ser —aún hoy— uno de los mayores centros económicos e industriales del país, sigue sufriendo escenarios de violencia estructural en los que prevalece la impunidad y el desorden, por lo que se la ha llegado a llamar ciudad serial o laboratorio (ya que los sucesos que acontecían en ella se extendían rápidamente al resto del país). De hecho, los referentes de esta ciudad a nivel internacional se configuran desde la violencia social y el señalamiento constante de los crímenes de lesa humanidad cometidos a lo largo de su historia contemporánea. Fenómenos como el feminicidio, la tortura y homicidios violentos se exacerbaban en la llamada guerra contra el narcotráfico en el mandato del expresidente Felipe De Jesús Calderón Hinojoza (2006-2012), en cuya administración se le llegó a etiquetar como la ciudad más violenta del mundo.³

Habitar la frontera inyecta a sus ciudadanos una cultura híbrida que, si bien toma ciertos orígenes identitarios del propio país, embebe de la cultura estadounidense y la influencia del valor del dólar en la vida cotidiana. La numerosa inmigración proveniente del sur con la intención de cruzar el borde dibuja una gran cantidad de población flotante con condición

1 Históricamente, este intercambio no ha beneficiado a ambos países por igual, pero “ha permitido una serie de transacciones e hibridaciones culturales, así como el surgimiento de figuras meramente fronterizas” (Méndez, 2016, p.179).

2 Los avances en las comunicaciones y transportes y, sobre todo, la construcción del ferrocarril en 1884 contribuyó decididamente al desarrollo del norte de México y a impulsar la economía local. Tras el crecimiento comercial y la relevancia de la zona fronteriza en 1888 se emite el decreto que cambiará el nombre de la Vila Paso del Norte por el de Ciudad Juárez y dotó a la localidad de ciertos servicios públicos como alumbrado, drenaje, pavimentación o electrificación. Pasados los primeros años del siglo XX y su papel en el movimiento revolucionario, fue afectada por la Segunda Guerra Mundial, ya que Estados Unidos, tras su incursión militar al frente necesitó de gente (brazos) que se incorporara al sector productivo. Ciudad Juárez se convirtió en el lugar de paso de miles de mexicanos que cruzaron para trabajar de braceros. Pero será la llegada de las maquiladoras a finales de los años sesenta las que culminarían el Programa Industrial Fronterizo (PIF) de 1965, plantas de ensamblaje de procedencia extranjera que se veían atraídas por la mano de obra relativamente barata. Esta situación perfiló un tipo de estructura y carácter urbano que aún se replica en la actualidad.

3 Precisamente, por la resiliencia demostrada tras dichas circunstancias el Ayuntamiento decidió nombrarla oficialmente Heroica Ciudad Juárez en 2011.

de “pasante”. En la actualidad, la ciudad sobrepasa el millón de habitantes y los problemas de inmigración, el aislamiento de zonas precarizadas, la desatención a ciertas latitudes y la focalización de la inversión institucional en la economía e intereses empresariales sigue vigente. En una ciudad confeccionada para el vehículo, donde el transeúnte tiene pocas vías de acceso y el clima extremo no da muchas oportunidades de vivir a la intemperie en períodos prolongados, es difícil caminar.

“Ciudad Juárez es una ciudad fronteriza que comparte cerca de 51 km de línea divisoria y 30 km de “bordo”, aproximadamente, el cual es un lugar entre lugares, un sitio de espera, un lugar de apropiación, un sitio de cruce, un lugar de paso para peatones y ciclistas, para migrantes hacia el otro lado, un testigo de cambios geopolíticos entre ambos países” (Ceniceros y Méndez, 2020, p.9).

Y a este contexto arribó Francesco Careri en agosto de 2019 para impartir durante una semana el taller “El caminar como práctica estética”⁴ y desarrollar el andar colectivamente como método activador de territorios y espacios que, en esta ciudad, fueran indeterminados, vacíos, olvidados o considerados una problemática arquitectónica. Una visión, que toma la disciplina arquitectónica como una acción urbana participativa para transformarlos a partir de aquellos que buscan habitar dichos lugares.

Francesco Careri es arquitecto y profesor investigador del departamento de arquitectura de la Università Roma Tre, pero es conocido por fundar el Laboratorio de Arte Urbano Stalker/Observatorio Nómada⁵ en 1995. En octubre de ese año realizaron su primera deriva iniciática de 5 días caminando y durmiendo a la intemperie. De hecho, a día de hoy sigue caminando –quizás deteniéndose más– para ver esa arquitectura sin construcción, sin objeto, de la que tanto ha escrito desde entonces. Gilles A. Tiberghien presentaría a Francesco Careri en *Walkscapes* (2014) como un raro avis dentro de la arquitectura, que ha continuado, junto al colectivo Stalker, la estela de las investigaciones urbanas de Dadá y los situacionistas a fin de transformar la sensibilidad de las sociedades en su espacio a través del recorrido, que sirve de conocimiento e interpretación del territorio. Tanto él como Lorenzo Romito han edificado una columna histórica y teórica desde 1996 que, sin embargo, subraya “su carácter no dogmático y de su función esencialmente heurística” (p.8). Así, esta práctica del andar renovó la lectura tradicional de nuestra relación con nuestro alrededor hacia una consideración más emocional y fenomenológica, al tiempo que refrescó las herencias de los estudios espaciales desde la historia del arte y la dotación semiótica a dichas prácticas artísticas. Ha dedicado en innumerables ocasiones largas caminatas a las ciudades, a esas zonas de las urbes que no tienen ciudad –tal y como la conocemos–, para ubicar aquellos espacios que no se pueden definir fácilmente si no los vivimos. Para leer la ciudad actual es indispensable para Careri un errandundeo que

4 Su estancia en Ciudad Juárez (México) consistía en la realización de un curso-taller de 20 horas del 26 al 30 de agosto de 2019, en el que se realizaron 5 derivas por la ciudad con la finalidad de mapear psicogeográficamente el espacio urbano. Del mismo modo, Francesco Careri realizó el 27 de agosto la conferencia inaugural de la Semana Internacional de Arquitectura y el 4º “[Re] imaginando la ciudad desde el borde”, que tituló “Walkscapes. El andar como práctica estética”.

5 Stalker inicia formalmente en Roma como colectivo a mediados de los años 90, con Francesco Careri, Aldo Innocenzi, Romolo Ottaviani, Giovanna Ripepi, Lorenzo Romito y Valerio Romito. A partir de 2002 conforman Osservatorio Nomade (ON) junto a arquitectos, artistas, activistas e investigadores que trabajen diferentes situaciones en el espacio. Para mayor información se puede revisar sus diferentes sitios: <http://www.osservatorionomade.net/> o <http://www.stalkerlab.org/>

genera “transurbancias”⁶, precisamente porque el “andar pone también de manifiesto las fronteras interiores de la ciudad, y revela las zonas identificándolas” (p.11)

Como veremos, resulta de urgencia dicha perspectiva cuando el mundo, en la actualidad –metafórica, pero también territorialmente hablando–, está siendo dominado por las ciudades, que lo van tapizando cada vez más en extensión. En esta tesitura colonizadora, sería lógico, preguntarse –así como el Marco Polo de Calvino (2005) – por las razones que nos llevan a vivir en ellas sin dejar casi espacio a lo demás. Preguntarse, si cabe, por esa decisión de unirse al “enjambre”, a la vez que deseamos alienarnos del resto, dejándonos llevar, atraídos por la incapacidad de recordar y conocer a todos a quienes vemos en nuestro día a día. Pero también el espacio urbano ubica, dentro de unas fronteras específicas, interesantes condiciones de existencia y formas de habitar de una población. De hecho, si circunscribiéramos la arquitectura dentro del espacio heideggeriano, la proyectaríamos como productora de lugares antes desconocidos, no tanto como una fuerza técnica sobre dicho espacio sino “como una producción simbólica que manifiesta nuestra propia existencia.” (Masís, 2018, p.138). Más que construcción material –que también– la ciudad se precipita entonces como una condensación de espacio habitable, donde se amalgama esa materia con lo vivencial como dos acciones inseparables de un mismo momento relacional que conforma lo urbano (y lo humano): el origen del relato de una ciudad congrega los relatos de los ciudadanos que la configuran, escribiendo conceptos en los ladrillos.

Así, pensar el espacio urbano desde su dimensión narrativa nos permite, por un lado, visualizarlo a partir de dichos relatos y vivencias de los sujetos, quienes dan lugar – existencia y sentido del espacio–; y por otro, nos abre a visiones más complejas e interpretativas –más allá del espacio impersonal propuesto en la mayoría de las ciudades–, que contemplan el habitar como un intercambio e interrelación. Esto precisamente es lo que inclina a la misma arquitectura a fungir como activador colectivo cuyo problema primario –como apuntaba Derrida en 1986 (Gardinetti, 2014)– es la cuestión de tener lugar, del habitar como acontecimiento. Así que tendría más sentido en este punto hablar como Solá-Morales (2008) de “las cualidades urbanas de las cosas, de la urbanidad de las cosas urbanas” (p.143) y, en sintonía con la problemática de hacer lugares, acercarse progresivamente a su pregunta de ¿qué es hacer ciudad? O más bien, buscar cuestionársela a cada momento para considerar la maraña del sesgo histórico y la carga sociopolítica que se arrastre.

Esta posición resume la ciudad como una informidad terriblemente compleja y multidimensional, como acota Duch (2015), contempla una “espatiotemporalidad polifónica” (p.375) conformada por múltiples relatos, intereses y visiones. Señala un territorio que, teniendo como condición esas narrativas que señalamos, supone a su vez una “pluralidad de actores que cuestionan cada uno de los espacios de la vida social.” (Lezama, 2002, p.372). Por lo que hacer ciudad se acerca, en algún caso, a poner en práctica social y colectiva aquellos espacios artificiales y públicos que la edifican, y hacerlo además, a partir de una serie de operaciones lingüísticas y visuales que, en su juego simbólico, demarcan y ubican los contenidos temporales de dicho espacio: el ciudadano no puede estar separado de su experiencia de la ciudad, que se convierte en “un espacio “conflictivo”, alimentado de escenarios compartidos llenos de superposiciones

6 Caminatas con recorridos a la deriva que sean capaces de leer el sistema de espacios vacíos entre los pliegues de la ciudad.

semánticas, con vocabularios y sensibilidades tan diversas como miradas lo construyen.” (Méndez, 2015, p.7).

En este sentido, más que hablar ciudad como territorio, cuando Careri pone en práctica su metodología la reconduce a una interrelación de territorializaciones, donde coexisten diferentes apropiaciones del espacio público en heterogéneas dimensiones que lo reclaman (Delgado, 2007) y en el que deben negociar sus disonancias y pluralidades. Caminar en este punto será exponer dichas negociaciones, significará indagar acerca de la autonomía y emancipación de estas pluralidades pensándolas bajo el paraguas del esquema urbano. Será revisar la arquitectura en su oficialidad⁷, en su representación de una lógica jerárquica, de valores específicos articulados para normalizar a los individuos bajo sistemas de sumisión que no son “visibles y explícitos [...sino...] mucho más disimulados” (Guattari y Rolnik, 2006, p.28). Regímenes políticos que disponen espacial, social, cultural y arquitectónicamente sus intereses en función de la obtención de ciertos beneficios respecto de otros. En este sentido, y admitiendo la dificultad de resistirse a algo en lo que estamos sumergidos, retomaremos la idea anterior a fin de concretar el relato, generado a través del caminar, como instrumento que nos ofrezca un intercambio simbólico y redescubrimiento poético del espacio, que –al relacionarnos con él– nos ayude a superar sus limitantes físicas y el significado heredado. Cambiar el relato es cambiar el espacio.

De este modo, lo que sigue busca fundamentalmente adentrarse en dos veredas –siguiendo la metáfora caminante– que surgen de esta visita de Francisco Careri a Ciudad Juárez y una entrevista que se le realizó el 1 de septiembre de 2019: por un lado, interrelacionar el establecimiento ideológico y político de caminar como otra forma de hacer arquitectura, con la pedagogía crítica desempeñada por Careri en su curso Artes Cívicas en la Università Roma Tre; y por el otro, ubicar a esta ciudad y tejer sus realidades fronterizas a partir de los recorridos que se trazaron a lo largo del muro que la separa de la estadounidense El Paso (Tx.).

1. Del aprender a saludar. La deriva como arte del encuentro, donde la arquitectura no se vacía

Ya decía Saramago en su *Viaje a Portugal* (2007) aquello de: “Viajar debería ser cosa de otro concierto, estar más y andar menos, tal vez incluso debiera instituirse la profesión de viajero sólo para gente de mucha vocación, que mucho se engaña quien piense que sería trabajo de pequeña responsabilidad, cada kilómetro no vale menos de un año de vida.” (p.18). Francesco Careri propone nuevas significaciones a ras de suelo, es un caminante profesional, un cazador silencioso de espacios. Como su colectivo, es un stalker. No vaga sin rumbo –como la entregada pasividad al influjo de la ciudad del flâneur⁸–, realiza “viajes

7 Nos referiremos a la oficialidad arquitectónica para señalar a los modelos arquitectónicos establecidos históricamente para una ordenación de los habitantes y que, en nuestra perspectiva, no comprenden en su mayoría los procesos socioculturales ni la memoria colectiva materializada en el espacio de la ciudad (Ríos-Llamas, 2018). Consideramos junto con Londoño (2011) que dichas construcciones por sí mismas no respetan las transformaciones simbólicas que otorgan densidad y relatos a los lugares.

8 El término *flâneur* fue recuperado en el París del XIX y detallado por poeta Charles Baudelaire en *El pintor de la vida moderna* (2021) para describir al arquetípico paseante que deambula en solitario, que propone al paseo urbano como fin en sí mismo, un personaje que no se dirige a ningún lado, provocando el perderse por la ciudad de la Revolución Industrial, por entonces, en su incipiente modernización. Es alguien que se diluye entre la multitud para observar la ciudad apasionadamente, para leerla como un investigador cuya actividad es vagar por las calles interactuando en ellas amparado por el anonimato, un caminante sin rumbo que produce una visión diferente de aquello que se tiene

hechos con un objetivo, con los ojos abiertos y sin compromisos. El stalker era nuestro modelo: caminatas hechas con un propósito, sin perder el tiempo, sin deambular [...] El stalker es un caminante que sabe muy bien lo que está haciendo, aunque no sabe cómo ni por qué.” (Crivelli, 2016, p.52)

En estos términos, cualquier caminata –cualquier viaje– puede ser iniciática, y todo comienza con la decisión de hacer y sostener las consecuencias que el trayecto importe a nuestra vida. Careri (2016) construye y relata significaciones especiales al acto de caminar, pero en esta producción se identifica la necesidad de detenerse también, en un tándem entre seguir y no seguir. Entendiendo que caminar no es un proceso cerrado sino algo que madura al navegar, al avanzar, y que detenerse pudiera considerarse como esa ancla que puede dar acceso al otro, nos decidimos a preguntar qué rango de necesidad cubre una y otra para él, así como la relación que establece entre ambas:

“Andar y pararse van juntas, forman parte de la misma operación. El libro se llama así, entonces sí lo he pensado. Me gustan las dos cosas, pero siempre tengo energía: Cuando estás demasiado en un lugar, la inquietud de querer irte, y cuando estás andando la curiosidad de pararse para ver las cosas. Y como trabajo, me interesa más detenerme y comprender cómo hacer un trabajo de intervención, que tiene una duración. Por eso los proyectos que siempre muestro son los proyectos de Roma, donde son años y años de trabajo” (F. Careri, comunicación personal, 1 de septiembre de 2019).

¿Crees que el deseo de detenerse tenga relación con tu experiencia caminante?

“No, es que si quieres cambiar un poco las cosas tienes que parar, y trabajarlas. Sí, caminar es más bien un placer, un lujo, un descubrimiento, pero para llegar a otro nivel e intentar transformar la ciudad, las cosas, lo tienes que hacer con más tiempo, duración, haciendo relaciones con los que están ahí, con los habitantes, con el poder...bueno, es mucho más complejo” (F. Careri, comunicación personal, 1 de septiembre de 2019).

Las derivas de Francesco Careri ponen en duda precisamente la oficialidad arquitectónica y la urbe homologada porque tocan el espacio, comparte la deambulación primigenia de los walkabout aborígenes o de los survey walks en los pliegues de la ciudad que sintonizaba Patrick Geddes, que le sirven de herramienta de conocimiento fenomenológico y emocional. Podríamos acercarnos dentro de estas instantáneas a una concepción diferente de “los caminares”, como si habláramos de diferentes prácticas que articulan métodos y actitudes diferenciadas. La pregunta sería: ¿qué diferentes modos de caminar son de tu preferencia?

“No lo sé, a mí me gusta cuando se puede, ¿cómo se dice? penetrar el espacio sin miedo, bueno, con un poco de miedo, pero no que te estás poniendo en un peligro de narcos o de mafia.” (F. Careri, comunicación personal, 1 de septiembre de 2019).

como la vida civil prototípica. Esta figura ha sido abordada por múltiples autores, desde Walter Benjamin (2005) a David Harvey (1990), considerado en el poso teórico y práctico de la Internacional Situacionista de Guy Debord (1976) o revisitado a partir de los análisis feministas con la experimentación del espacio público de las *flâneuses* a través de Janet Wolff (1985) o Anna M^a Iglesia (2019), entre muchos otros.

¿Quieres decir con adrenalina?

“Sí, a mí me gusta verdaderamente entrar en el espacio privado, cuando puedo entrar, también en las casas de la gente, cuando puedo cerrar la puerta y leer que la gente se asusta, y luego entras, y le dices que no puedes huir por la puerta porque hay reglas⁹ y no puedes volver hacia atrás y entonces quieres salir por la ventana, o que te abra una puerta de atrás o de saltar su muro para continuar. Esto normalmente lo hacemos...acá [en Juárez] esto no lo hicimos porque tenía un poco de miedo, pero fuimos andando hacia la casa de adobe. Encontramos una casa redonda como esfera, de madera, y entonces quise hablar con quien estuviera dentro y llamamos un poco. Entramos en la casa, el tipo era muy simpático y se la había construido él. Y era como..., él venía...no me acuerdo de la ciudad, pero era una zona maya y dijo que empezó a construirla acordándose de cómo su padre había construido su casa. Entonces tenía un pilar en el centro y una biga en forma de... como paraguas, como palapa. Esta ha sido la única vez que penetramos en el espacio privado y hemos tenido un encuentro con alguien. En Canadá esto lo hicimos muchas veces, pero es que los estudiantes con los que estaba eran muy... les gustaba, pero ellos sabían que lo iban a pasar bien, que no había problemas. En Lima lo hicimos preguntando si podíamos utilizar el baño y la gente nos abrió la casa y entramos” (F. Careri, comunicación personal, 1 de septiembre de 2019)

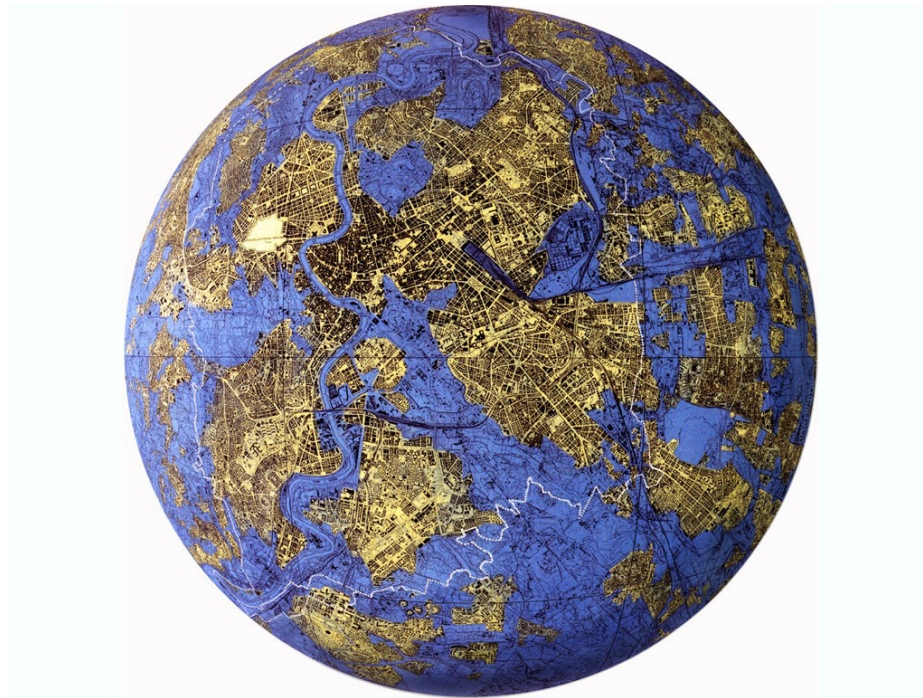


Figura 1. Planisferio Roma. Stalker Attraverso. Territori attuali, Roma 5-8 de octubre de 1995. Imagen cortesía del autor.

9 En esta respuesta, Careri hacer referencia al curso peripatético de “Artes cívicas” que realiza desde el 2005 en la Facultad de Arquitectura de Roma Tre y con el que más adelante nos detendremos a detalle. Con el curso se construyen recorridos y relaciones como mecanismo del pensamiento para mejorar la ciudad y la coexistencia de sus habitantes. Como veremos, se junta el proceso de generación de conocimiento con la acción de transformar política y poéticamente la urbe, para que los cuerpos tomen posición y creen relatos al deambular y participar en el espacio social.

Como decíamos, esta maduración del paseante va construyendo nuevos relatos que descubren poéticamente el espacio recorrido al relacionarse con él. En este sentido, es lógico que el grupo Stalker –con mayúscula– muestre la imagen de Planisferio Roma (casi) como tarjeta de presentación del grupo junto su Manifiesto¹⁰ de 1996. Ese mundo que es la ciudad italiana conforma una de las primeras representaciones de una línea estética por la ciudad de Roma, donde en su recorrido emocional presenta aquello negro como lo intransitable o desconocido y lo azul, conformando archipiélagos amarillos con lo edificado –habitacional, residencial, comercial–, la ciudad difusa, un espacio de nadie, sea porque es público, sea porque está abandonado, vacío: terrenos baldíos, parques, zonas industriales, vías ferroviarias, cementerios, etc. Todo atravesado por una línea blanca que representa el zurcido que realizaron durante 4 días y 3 noches en 1995. Una línea que atraviesa lugares y pone los pies donde, en principio –de propiedad privada– no tiene derecho a ponerlos, como única forma no sólo de tensar las relaciones con el espacio y arrancar los relatos, sino de tomar a la misma ciudad como pozo de territorios inexplorados. Tras visitar este archipiélago romano, le preguntamos a Francesco: ¿qué te interesa de los espacios vacíos: lo que representan en la ciudad, lo que podrían llegar a ser o su condición de paréntesis –es decir, zonas neutras– en la urbe?

Las tres. Y ha cambiado mucho en 25 años. Cuando dibujamos ese archipiélago (1995), el blue, el vacío era un espacio de posibilidad, potencial. Sobre todo, un espacio desconocido a explorar para decir que aún hay cosas que conocer y que tampoco nuestra cultura era capaz de conocerlas. Entonces [el archipiélago] teníamos que guardarlo, así como estaba porque se esperaba que otra cultura o civilización pudiera conocer su misterio. Era muy poético, sagrado. En este momento, somos más concretos y estos espacios los veo también como lugares donde se pueden juntar dos diferentes islas. Es un espacio donde...bueno, no me interesa dibujar parques... Me interesa que pase algo y que se dibuje el parque, que estando ahí la gente se apropie de él, pero guardando lo selvático que hay, sin una idea de civilizarlo, sin una idea de poner banquetas, bancos, fuentes o cosas. También si se necesita sombra y se decide de poner algo, se hace de manera lúdica y creativa... de una forma que no sea la de solicitar el permiso. Los veo como espacio potencial para una nueva posibilidad de arquitectura (más de abajo hacia arriba). Antes habría dicho que no, pero ahora sí, porque también se necesitan pruebas de qué se puede hacer. (F. Careri, comunicación personal, 1 de septiembre de 2019)

Al aceptar este archipiélago –la ciudad–, como sistema discontinuo (aún unido por el mar), estamos reconociendo la ciudad como algo natural y sus pliegues, donde se refugia lo salvaje, o lo indómito, aquellos recovecos donde se ubican los desechos de la civilización, los espacios residuales, etc., que se encuentran a la espera de significado. Esperando que los stalker puedan dar voz a la complejidad de estos territorios. Entonces, el caminar conforma un nivel de comprensión del lugar, concretando la posibilidad de unir los fragmentos de la ciudad.

“Sí, te sirve porque te da la posibilidad de poner en una unidad tantas cosas heterogéneas, tú le pasas por adentro a la ciudad y eres el hilo de la colada...le das unidad a algo que es heterogéneo, es esto caminar. Por ejemplo, si quieres saber..., acá conocer el centro con sus colonias o los fraccionamientos de clase media u otro fraccionamiento pobre, bueno, la única manera de ver cosas diferentes es caminando, porque lo haces con un tiempo que te da para comprenderlo mejor.

10 El manifiesto puede consultarse por completo y en diferentes idiomas en la dirección electrónica: <http://www.osservatorionomade.net/tarkowsky/manifiesto/manifest.htm>

[...] Entonces decimos que como investigador y arquitecto, utilizo el caminar para tropezar en un lugar donde después me gustaría o interesa poder incidir con más tiempo. Pararme, pararse a hacer, casi siempre, siempre pasa que luego en el camino encontramos un lugar donde después tienes ganas de volver y empiezas a trabajar con ellos. Porque comprendes que es un terreno fértil donde poner semillas donde puede crecer algo –lo activas–. “(F. Careri, comunicación personal, 1 de septiembre de 2019).

Estos tropiezos no podrían ocurrir sin las largas caminatas de exploración, sin la preocupación por esas indefiniciones del paisaje urbano y en una actitud de defensa de las posibilidades y diferentes sentidos de esos espacios (en cualquiera de sus tiempos). Así es como acaban configurándose la mayoría de las acciones socioculturales como esfuerzos de resistencia a la homogenización del espacio que pretende tapizar su diversidad. Se podría decir que, en cierto aspecto, es una práctica que transgrede, precisamente porque “desobedece y quebranta el discurso hegemónico de un mundo que privilegia la celeridad y la rentabilidad económica, y tiende a minusvalorar todo lo demás” (Valle, 2020, s.p.) Como un agente transformador que necesita de tiempo –y mucho espacio– que se subleva ante la ciudad interesada que se rige –la mayor parte de las veces de forma invisible– por una serie de sistemas de sumisión disimulados y, sobre todo, normalizados (Guattari y Rolnik, 2006) encaminados a una gentrificación urbana, en la lógica centro-periferia. Caminar encaja, en este sentido, en una concepción anticapitalista a ras de suelo, por eso la pregunta de: como propuesta, ¿funge de estrategia de resistencia? “Sí, y más ideológicamente cuando caminas. Cuando lo haces cruzando las reglas, contra la propiedad privada, no reconocer la propiedad, a un poder constituido, es anticapitalista. También porque esta idea del caminar es más antigua que el capitalismo.” (F. Careri, comunicación personal, 1 de septiembre de 2019)

Esta lógica de la eficiencia, de la instantaneidad parece encaminada a caminar menos, a tocar menos suelo. ¿Qué opinas?

“Caminar produce espacio público, te quita además de tu propiedad privada, aunque también es una realidad capitalista, porque todo está bajo de este sistema. [...] El tema es como los situacionistas: llegar a construir situaciones afuera de este sistema, de crear momentos cortos, de una temporalidad reducida y un espacio reducido. Una situación diferente de lo que el sistema te impone, esto es, y caminando esto lo haces. La deriva es esto cuando nace del situacionismo. Y también no solo es caminar, sino practicar el espacio de otra manera, ser arquitecto de otra manera, es construir situaciones fuera de lo que hay. Te estás inventando, es una creación, es una obra de arte o de poesía lo que estás haciendo. En este sentido, es una tentativa de vivir y practicar tu arte, afuera del sistema preestablecido” (F. Careri, comunicación personal, 1 de septiembre de 2019).

No abandonarse al espacio –como flâneur prototípico–, sino ser participante activo de él, refuerza el valor activo de la vivencia situacionista, la reivindicación de una acción que se reapropia de la ciudad a través de su experiencia directa. Sería, hasta cierto punto, reflexionar al artista como ciudadano –y quizás también al revés–. En México, hay muchos ejemplos del compromiso político de los artistas antes, pero sobre todo después del 68, momento a partir del cual hay una gran ebullición de agrupaciones que salieron a las calles con sus propuestas, centradas todas en lo cotidiano. Colectivos y agentes que han ido definiendo formas de lucha que pretenden socavar, en el día a día, el statu quo de

asimetría entre los dominados y sus dominantes¹¹. Así, la manifestación de estas acciones, procedimientos o estrategias –invisibles a veces a simple vista– configura resistencias, erosionando una situación para constituir otra, en principio más justa para aquellos que la sustentan. En un escenario actual, en el que como comentamos la construcción del espacio se somete a un sistema capitalista, eficiente, instrumentalizante, de corte individualista, etc., consideramos el caminar como una herramienta para el ciudadano, pero también como un vínculo que se diferencia de esta orquestación para incluir en el programa de vida un acercamiento sensible y afectivo al mundo, como si habláramos de una resistencia emancipatoria que se incorpora a la consabida dialéctica “el mundo y yo” ¿Esta pulsión poética o artística reconoce cierta misión política?

“Sí, [como poesía] tiene que cambiar las cosas. Y si lo haces, es porque no te gusta cómo están andando las cosas e imaginas, y creas, un momento, un estado, una situación diferente, y esto ya es algo” (F. Careri, comunicación personal, 1 de septiembre de 2019).

La poética y sus relaciones con la ciudad, con el espacio...

“...Y la relación con el poder, como cuando lo haces por encargo, te están pagando y hay ese algo institucional. Ahora estoy haciendo un trabajo con la universidad en Corviale,¹² un barrio de 1 km. Una barra de 1 km de concreto, muy de los años 80. Y estoy ahí porque hay un proceso de regeneración urbana –otra palabra terrible–, de transformación. Y nos han puesto ahí para acompañar; tienen ahí, en la barra, como la unidad habitacional hay un piso, donde hay un piso libre, donde se supone que iban a poner tiendas y oficinas, pero todo esto fue ocupado para las familias. Entonces años atrás, empezamos a trabajar con Stalker ahí, organizamos un comité de ciudadanos para que se pudieran quedar, y ahora empezó un proceso institucional en el cual se establece que quien tiene derecho a la vivienda popular puede quedarse y quien no lo tiene, tiene que irse. Entonces, desde ahí, se empieza a trabajar. Han hecho un proyecto horrible en el sentido de que van destruyendo todo lo que hay para hacer casas nuevas, sin ver que algunas casas estaban fun-

11 Formas de resistencia muy ligadas al concepto de infrapolítica de James Scott en *Los dominados y el arte de la resistencia* (2002), en los que estudia el papel del Estado, sus discursos ideológicos y la afectación cultural como dominación instalada desde micro situaciones. La forma de revertir dicho proceso por parte de “los dominados” es al mismo nivel, pero contraria. Luis Guerra (2017) explica esta infrapolítica como “todas aquellas prácticas políticas sucediendo a nivel del cada día: una forma política que no refiere a las formas representacionales o cualquier discurso político, sino por el contrario, a todas aquellas actividades que socavan el sistema mediante su, diré aquí, acción sustractiva” (p.48) entendiéndolas como las armas de los débiles.

12 Corviale fue uno de los primeros ejemplos de vivienda social a gran escala en Roma, un proyecto ubicado intencionalmente en las afueras de la ciudad a principios de la década de 1970 proveniente de los cambios políticos sobre vivienda pública en la Italia del siglo XX. A 8 km del centro histórico de Roma, el edificio tiene 958 metros de largo, 30 metros de alto y 74 ascensores para conectar 9 plantas; allí se albergan 1202 apartamentos para 8000 residentes. En un principio, su diseño comprendía una amplia red de servicios mixtos como salas para reuniones, bibliotecas, escuelas públicas, farmacias y restaurante, áreas verdes, etc. Para 1982 se dio por concluido sin estar completo, pues el costo había superado 4 veces el coste previsto en el presupuesto y la última planta, la cuarta, originalmente diseñada para los espacios públicos y comerciales, no se llevó a cabo. Proyectado como la solución a la expansión de Roma y oposición a la especulación inmobiliaria, no pudo cumplir su promesa, convirtiéndose en un contenedor de un clima social diverso, aislado y desconectado de la capital, falto, a su vez, de estabilidad económica. Este aislamiento urbano hizo fracasar el ideal de un complejo de viviendas autosostenible. Stalker observó esta necesidad de involucrarse y estableció estrategias de participación de los residentes en la vida cotidiana de la ciudadanía transformando el imaginario colectivo del vecindario a través de la televisión del barrio. Para más información, puede revisarse la entrevista de Alessandro Nieddu (2010) a Francesco Careri y Lorenzo Rómulo en (h)ortus, la de Mariana Ures (2008) en la diaria o en el propio blog de artichiviche.blogspot.com.

cionando y que, algunas habían gastado mucho dinero para hacerse la cocina, el baño y todo. Lo hacen de manera estúpida, sin saber comprender dónde está la calidad, gastándose mucho más dinero y desplazando gente. Una cosa que se podía hacer de otra manera. He aceptado ponerme de ayudante para que el proceso se haga de otra manera, pero no te entienden. Me gustaría hacerlo de una manera mucho más artística, creativa y te miran como si estuvieses loco, como si fueras un estúpido ¿por qué no quieres hacer las cosas como se hacen? [me preguntan] Estoy sufriendo bastante en esto. Quería hacerlo de manera más libre y veo que no se puede, pero también estoy contento porque un año atrás, cuando tuvimos las primeras reuniones para empezar el proyecto, éstas eran con la comandancia de policía presente, y el tema a tratar era cuántos carabineros tenemos que llevar para...y yo decía “¿de qué estás hablando? se va a ir a hablar con la gente”. Y los convencimos. Empezamos la primera parte y no vino finalmente nadie. Entonces a veces se pueden hacer las cosas de una manera diferente de la que ellos han pensado. Lo mínimo es que no haya policía en estos procesos.

Así que puede que actuar desde dentro [de los sistemas de poder] sea mejor. Pero no es donde me encuentro más cómodo. Con los rom fuimos ahí y éramos nosotros y los rom.¹³ Sí, la universidad ponía dinero, pero, igual que con los okupas, aunque tienes que seguir sus reglas tienen ganas de jugar, de inventarse cosas, experimentar...y esto te pasa mucho más con los lugares informales e ilegales, que con los lugares que están bajo la ley” (F. Careri, comunicación personal, 1 de septiembre de 2019).

Al final son espacios de poder a los que pocos pueden acceder y muchos otros no, y dentro de esos espacios si uno puede activar ciertas cosas y deshacer malas prácticas, sería deseable que lo intentara.

“Por eso digo que cuando tropiezas en un lugar fértil es donde te sientes libre de hacer, tal y como eres, y son sobre todo lugares informales o donde la gente ya ha empezado un proceso. Tú intentas comprender qué proceso es y te metes dentro. No creo en los activadores de procesos, es decir, sí, tú puedes poner más gasolina a un proceso, más energía, pero empezar un proceso desde cero en un barrio en un lugar, es casi imposible. Siempre vas a encontrar quiénes son las personas que ya tienen una historia ahí de líder, y empiezas con ellos, claro” (F. Careri, comunicación personal, 1 de septiembre de 2019).

Esta idea del tropiezo, del encuentro con alguien que ya está ahí en convivencia con ese espacio, nos hace partícipes y colaboradores de historias. Recordemos que si no hay relato no hay vivencias y viceversa, y echar el ancla para reconocer al otro no sólo provoca reducir las distancias sino construir un significado en conjunto con lo vivencial. Tener a la ciudad como texto complejo propicia eventos en los sujetos, nos ayuda a “redescubrir lo poético del espacio y su trascendencia como sensación de ser en el espacio. Así, una de las maneras en las que el espacio escapa de sus limitantes físicos y trasciende en su significado es cuando nos relacionamos con él. Todo se relaciona; y el espacio no es la excepción.” (Masís, 2018, pp.144-145)

13 Rom es el término coloquial con el que se conoce a la comunidad de origen gitano residente en Roma.

Esta arquitectura rizomática del caminar como agente relacional sin líneas de subordinación jerárquica y abierto a las multiplicidades entiende tanto una introspección en búsqueda del otro, como una práctica colectiva como idea de autoconstrucción, una configuración ética del mundo –recordemos el urbanismo itinerante y unitario de Patrick Geddes–. Queda suficientemente claro que hay que salirse del camino para caminar, pero en este sentido ¿el caminante ha de ser extraterritorial¹⁴? Es decir, aprovechando este concepto que George Steiner (2002) asigna al escritor en la que el ser extraterritorial se expresa en más de una lengua y pierde su centro como sujeto a fin de ser parte del recorrido, nos preguntábamos si este relato puede ser fuera del territorio, como sin origen, para caminar en cualquier lugar y tiempo: ¿Crees que habría que perder el punto de partida y tener cierto desarraigo para caminar?

“Ahora tendría que decir que sí, pero no. Porque yo tengo una historia, tengo una manera de habitar el mundo, el espacio, la ciudad que me pertenece. Alguien que tiene una mirada de burgués, europeo, blanco, con papeles, que...bueno, tampoco quiero decir que como yo soy así pues no lo hago. Sigo intentando hacer (a veces escondido), de ser poeta, de decir que soy poeta, porque el papel profesor es más respetado y te hablan menos, hay una distancia. Con el arquitecto también pasa lo mismo, peor. El artista de todas formas te pone en un pedestal, sin embargo, el poeta realmente no puede dañar nada. La gente se pone a reír cuando dices que eres poeta, y te dan de comer. Que no es esconderse, porque en realidad soy poeta, no es porque escribo poesía, sino porque si lo estás haciendo es porque crees que la creatividad puede hacer la revolución. Sí, soy poeta, no soy arquitecto de despacho, construyo de manera poética, así que somos poetas, sois poetas, si no estaríamos haciendo otra cosa” (F. Careri, comunicación personal, 1 de septiembre de 2019).

2. De civilizar la urbe caminando

Pero elucubrar un espacio más habitable no es nada sencillo: por un lado, tenemos las diferentes sensibilidades de arquitectos y urbanistas, en ocasiones desconectados de los usuarios de los espacios diseñados, y por el otro, un terrible vacío formativo por parte del mismo ciudadano que suele pasarse por alto en los proyectos. En resumen: un fracaso de diálogo en estos términos. En los diferentes recorridos que Careri realizó por Ciudad Juárez atestiguamos gran diversidad de formas arquitectónicas, vacíos y dinámicas espaciales, incluso, al llegar al muro, reflexionamos acerca de cómo los soldados que lo resguardaban tomaban objetos que abandonaban los migrantes para erigir construcciones informales, donde la propia gente genera el lugar sin esperar instrucciones del arquitecto o del diseñador urbano:

“Sí, se puede equipar el espacio con muy poco. En este sentido los arquitectos que más me gustan son Lacaton & Vassal¹⁵. Son dos franceses, los que han hecho el

14 En sentido metafórico Steiner (2002) considera al escritor y al poeta multilingüe agentes cuya familiaridad con el lenguaje les hace ser lingüísticamente seres sin morada, con un talento específico a dotar de uso polisémico a la lengua. Alega Steiner: “Nos parece adecuado que los que producen arte en una civilización casi bárbara, que ha despojado de su hogar a tantas personas y arrancado lenguas y gente de cuajo, sean también poetas sin casa y vagabundos atravesando diversas lenguas.” (p.24) En este sentido, hacemos una analogía con el errabundeo de la ciudad que practica Careri, intentando averiguar si esta vinculación de extraterritorialidad con el tipo de poesía vivencial que propone sería posible.

15 Para ampliar la información acerca de los diferentes proyectos arquitectónicos de Anne Lacaton y Jean Philippe Vassal puede revisarse su página web oficial: <https://www.lacatonvassal.com/>

panel de Tokio, que lo han dejado como si fuera unas ruinas. Muy inteligentes, somos muy amigos. Su proyecto más conocido es en Bourdeaux, donde les pidieron un proyecto para renovar una plaza. Ellos van y empiezan a investigar, de día, de noche, todos los días. Y al final comprenden que está funcionando muy bien como está, y que no se necesita un proyecto. Entonces el día que van a presentar el proyecto a todo el consejo comunal, muestran todas las fotos y dicen “bueno, entonces nuestro proyecto es no hacer nada”. Entonces todos los consiglieri se levantan y aplauden, porque finalmente hay arquitectos que deciden no dejar su huella, su signatura. Y solicitaron ser pagados y fueron pagados. Esa es la inteligencia que entiendo. Y todos sus proyectos también de edificios nuevos, escuelas, etc., siempre están hechos con una inteligencia especial, siempre ponen las normas al límite, están en ellas, pero siempre lo desplazan todo lo que se pueda” (F. Careri, comunicación personal, 1 de septiembre de 2019)

Así como el espacio urbano tiene la capacidad de humanizar al sujeto, también la tiene para impactar en su distanciamiento, y la relación resultante dependerá de qué tan accesible sea dicho espacio para la sociedad en general. Pero, pese a la potencialidad que ofrece la arquitectura, la participación de esta sociedad en la construcción del espacio no servirá más que para banalizarlo a no ser que esté educada en sus mismas necesidades espaciotemporales. De hecho, ahondando en el diálogo que tiende al fracaso, la educación de la que hablamos se encamina a naturalizar ciertos espacios: Así, globalmente tenemos programas de escuelas de arquitectura que perpetúan tendencias sin atender a su contexto –el proyecto por encima de la realidad- y una educación ciudadana que deja los espacios de convivencia y cotidianidad totalmente a expertos que tienden a la homogeneización del diseño urbano y arquitectónico. Careri opina al respecto que *“hay una posibilidad con la arquitectura de transformar de otra manera el espacio que no es la que enseñamos a los estudiantes”* (F. Careri, comunicación personal, 1 de septiembre de 2019). Pero esto ¿implica regresar al habitante, es decir, regresarle la arquitectura al ciudadano?

“Pero esto no siempre te funciona. Porque muchas veces los proyectos participativos preguntan: ¿tú qué quieres acá? “Quiero una cancha de fútbol”, “unos bancos con luz” ...y al final te banalizan el espacio porque tienen una idea banal de ciudad, porque están adentro de una idea que ya está comprometida de alguna manera. Por esta razón no siempre son proyectos participativos. A veces es cuestión de observación o de educación del espacio a la gente. Si tú le preguntas, la gente quiere estar en su casa cerrada, defendida. No es que la gente tenga una respuesta, el hecho de hacer arquitectura de abajo hacia arriba o pensar que la gente tiene una idea de ciudad..., a veces sí, cuando hay comités, pero muchas veces es banalizar el espacio” (F. Careri, comunicación personal, 1 de septiembre de 2019).

En general, “las preferencias de las personas normales suelen no casar con los juicios estéticos de los diseñadores” (Ellard, 2016, p.255) y la relación que la ciudadanía, como usuaria, establezca con la construcción tiene que ver más con su vida útil dentro de la cotidianidad que con creación legítima de cierto espacio. Por lo que el arquitecto, como señala Solá-Morales (2008), comprendería más su función de relator, de posible generador de narraciones, si atesorara su capacidad de añadir y no se empecinara tanto en “solucionar”: “si aceptamos la ciudad como texto y no sólo como contexto –o como pretexto ¡tan al uso!-, podremos defender también un modo de proyectar experimental y oscilante, con cambios de rumbo y de encuadre, pero itinerante y lineal como una

narración.” (p.176) Considerar la relevancia de acceder al espacio público, requiere concretar una disciplina más adaptada a la vida –y no a la inversa– ¿quiere decir que es preferible observar y analizar cómo la ciudadanía practica el espacio a preguntarle qué quiere? “Sí [saber detectar estos espacios], pero el arquitecto debe contener su ego, sobre todo, el primer paso, no tener tu marca, tu huella, tu firma.” (F. Careri, comunicación personal, 1 de septiembre de 2019). Esto es precisamente lo que Francesco Careri pone en práctica desde 2005 con su curso *Arti Civiche* (Artes cívicas) en la Facultad de Arquitectura de Università Roma Tre, titulado así en homenaje a Patrick Geddes¹⁶. Un curso peripatético que construya relaciones y recorridos, sin producir objetos o proyectos arquitectónicos, sino conformando en ese andar un acto tanto deambulatorio como participativo, dedicado a leer, pero también a transformar las ciudades. Permite posicionar el cuerpo en la horizontalidad de la ciudad para tomarla como narración fenomenológica, a la que se mira y escucha, con la que interactuar para disponerla como un espacio social antes no contemplado –o anulado–. Es una “exploración y nueva apropiación de la ciudad, el andar como metodología de investigación y de didáctica, el arte del descubrimiento y la transformación poética y política de los lugares” (Careri, 2016, p.113). Entonces, este curso ¿pretende activar en los estudiantes de arquitectura el pensar fuera de las zonas de confort, salir del plano y obtener experiencias más allá del aula convencional?

“¡Claro! la gente generalmente está ahí porque quiere construir cosas. La mayoría. Pero algunos llevamos otra dirección. Comprendes que el plano no es todo, que no hay un papel blanco. Por lo que decíamos antes, ahora me gusta, cuando estoy en un territorio en acción, como si fuera un director de orquesta. Hay mucha gente haciendo cosas, y a mí me gusta saber cuándo es el momento de que pase algo. Entonces hay una manera, un savoir faire, un knowledge de cómo las cosas pueden pasar, y de que pasan cosas” (F. Careri, comunicación personal, 1 de septiembre de 2019).

Como podemos observar, este posicionamiento es un claro homenaje a la *Civics* de Geddes que, lejos de contentarse en una iniciación al urbanismo, se extendió también hacia la geografía cultural, a la ecología urbana e incluso a los estudios urbanos de género (Jacques, 2020).¹⁷ Esta compleja ambición, que Geddes (1960) tuvo ya en 1915 –y que posteriormente continuaría su discípulo Lewis Mumford (Homobono, 2003)—, se encaminaba a hacer inteligible una ciudad que se encuentra en cambio perpetuo, a dirigir su planificación y hacia la mejora de la sociedad.¹⁸ Así, el curso de Careri sigue la estela de Geddes al anticipar una propuesta de pensar y practicar el urbanismo, las nociones de

16 Para Careri (2016), Geddes es quien configura al urbanismo itinerante, aquel que nace del caminar, como disciplina. Anota: “En 1913 Patrick Geddes, entonces ya un consolidado biólogo de Edimburgo, creó “*Civics*”, un nuevo curso universitario dedicado al estudio práctico de la ciudad a través de la mirada de Charles Darwin, aplicando el evolucionismo a la civitas. Este es el origen de una nueva disciplina que todavía no existe: el urbanismo itinerante, una ciencia cívica que propone a los estudiantes y a los futuros urbanistas una inmersión directa entre los pliegues de la ciudad” (p.105).

17 Y no es de extrañar, porque aquello que Geddes llegaría a designar como ciencia de la ciudad o de la vida, en las ciudades implica un campo ampliado de la experiencia urbana –sobre todo, desde el paradigma europeo— que cruza de manera errante varios campos disciplinarios –botánica, sociología, geografía, historia, antropología, etc.— para señalar críticamente los excesos y simplificaciones de la especialización de la vida moderna. Es así como, de forma temprana, destacó la necesidad de que los habitantes se interesaran activamente en la configuración de la ciudad: “A esta forma de participación la llamó *civics*” (Choay, 2013, p.46).

18 Quizás por ello, posteriormente se ha entendido como un tratado para la transformación urbana, es decir, más como una alternativa transformadora a la planificación convencional moderna debido, precisamente, al desborde que implica su objeto de estudio por su complejidad interdisciplinar (Clavel y Young, 2017)

progreso del movimiento moderno.¹⁹ Al contar con las herencias históricas y costumbres de cada ciudad, se alcanzan otras consideraciones estéticas no subordinadas a la belleza, sino a la forma de las calles y su dirección, a los lugares públicos y los monumentos, a la planificación de edificios públicos y la agrupación de zonas de esparcimiento, etc. (Remesar, 2016).

Evidentemente, cuando se promulga “entrar a lugares para dejar de hacer arquitectura” (Bernardini, 2022, p. 301) se promueven otro tipo de asociaciones con el territorio urbano. Estas Artes Cívicas sostienen mayor compromiso con la edificación de una ciudadanía a la vez que producen espacio como acto performativo que relaciona al ciudadano con su espacio social para significarlo (Careri, 2016). El recorrido queda así, de forma anónima, como una huella que puede ser narrada, un relato construido que sirve de conocimiento –como cuando hablábamos del walkabout aborígen–. Por eso, los estudiantes del curso han de explorar la ciudad atendiendo a los territorios inexplorados, que les ayude a inventarse –en este caso– como arquitectos y definir –de nuevo y cada vez– la arquitectura. Un semestre en el que se camina la otra Roma, caminatas periféricas, “donde nadie va, y donde se supone que no pasa nada, pero pasan muchísimas cosas, mucho más interesantes de lo que ya se conocen en el centro de Roma: se conoce a gente que se esconde y a la que nadie va a preguntar ¿por qué están ahí?, ¿qué están haciendo?, ¿qué esperan de su vida?, ¿cómo quieren habitar?” (Careri, agosto de 2019). En estos recorridos, hay lugares a los que se regresa en otras ocasiones, donde pueden realizarse trabajos comunitarios, lugares con los que se tropieza, pero, en cualquier caso, percibimos que no es un curso al uso. Después de la presentación, nunca se regresa a la universidad:

“Se sale el primer día y todo el curso se hace afuera, leemos libros, hay preguntas, hay también momentos de ‘aprofundimiento’ y de performance. Intentamos estar ahí donde la ciudad se transforma, donde aún no se ve la ciudad que está naciendo, y en territorios que no se comprende por qué están así, ¿y qué es esto?, y ¿quién lo hizo?” (Careri, agosto de 2019).

El taller –por así decirlo–, agrupa a un colectivo caminante que avanza como unidad experimentando la ciudad, generando en una serie de experiencias compartidas y de trazados coherentes con el movimiento que deciden los cuerpos. Una acción casi ritualística que se atiene a una serie de reglas que ayudan al análisis del curso y que se han ido formalizando a lo largo de los años. En su texto “Artes Cívicas”, Careri las recoge en la última parte y se podrían resumir en los siguientes enunciados: 1) hay que transgredir el espacio de la propiedad privada; 2) aprender a encontrar al Otro; 3) nunca se debe dar marcha atrás; 4) quien pierde tiempo gana espacio; 5) desarrollar la capacidad de penetrar en el espacio; 6) dormir al menos una noche fuera de casa; 7) jugar con el espacio creativamente; 8) intervenir la ciudad más allá de la representación; 9) superar la pintura mural y su idea de autoría; 10) dramatizar la realidad para que ocurran cosas; 11) concretar las experiencias de alguna manera²⁰.

19 Recordemos que, incluso cuando en los años 50 se hablaba de la participación, la autoconstrucción o la preservación del patrimonio cultural e histórico asomaba el poso la crítica abordada por Geddes desde finales del siglo XIX. (Jacques, 2020, p.79). Esa ecología urbana –o análisis urbano– como lo llamaba Donatella Calabi (2008) suponía una defensa de la investigación cívica desde los más heterogéneos conocimientos que implica pensar y actuar sobre los contextos a partir de estudios cívicos como saber unificador con los recursos y el material cultural que completaba el paisaje urbano.

20 El texto “Artes Cívicas” (2015) está publicado en el volumen compilatorio Pasear, detenerse (2016), y las reglas están específicamente en las pp.116-121.



Figuras 2-4: Fotografías realizadas a finales de agosto de 2019 a partir del recorrido que partía del Instituto de Arquitectura Diseño y Arte hacia el Chamizal (parque ubicado en la frontera con Estados Unidos). En él se atravesaron fraccionamientos, carreteras, terrenos baldíos, estacionamientos, edificios oficiales abandonados y parques. Fotografías de Carles Méndez.

Existen múltiples dificultades en el estudio, el análisis y la intervención de la ciudad, sin embargo, Careri comenta que la mayor parte de las veces la problemática de los estudiantes surge con el respeto a la propiedad privada y se niegan a hacer trespassing por ilegal. Pero este “salto” de muros no implica solamente una voluntad poética del individuo con el espacio sino también como parte de esa pedagogía crítica que necesita de quebrantar –como norma– la herencia para poder seguir aprendiendo. Careri lo explica muy claramente a los arquitectos: “De verdad, yo creo que es muy importante desde el punto de vista cultural, si no tienes la curiosidad de lo que está detrás, y te acostumbras a estudiar y a conocer solo lo que te está dado ya para ser conocido o aquello que ya está conocido más o menos, no podrás avanzar mucho. Entonces, esto lo pueden tomar simbólicamente, pero también físicamente es importante atravesar el espacio e ir a ver lo que está detrás.” (Careri, agosto de 2019) Y ¿por qué resulta esto cardinal para los estudiantes?

“[...] porque es la nueva generación la que tiene que entender que la arquitectura se hace con tu presencia en el espacio, con tu cuerpo estando ahí, transformando con tus manos y no haciendo proyectos y dibujando, y proyectar hasta que te construyen algo que te pueden poner en una revista y ser conocido y tener tu despacho con tus esclavos. Espero que haya una nueva generación de arquitectos que se metan ahí. Hay mucho más que hacer con tu presencia, con tu activismo

que dibujando... nadar contracorriente. [...]” (F. Careri, comunicación personal, 1 de septiembre de 2019)

Evidentemente, esta es una manera de hacer ciudad –civitas²¹– contraria a la tendencia del ladrillo, el acero y el hormigón (Ellard, 2016), que diversifica además las capacidades de desempeñarse del individuo en la urbe al producir espacio y construir sus propios relatos sobre él.

3. Ciudad busca relato

Ciudad Juárez sería, en comparación con el romano, un gran archipiélago, muy fragmentado, con masas separadas por movimientos de migración forzada, de abandono y otra serie de fenómenos más violentos. Una anatomía parecida a la Pentesilea de Calvino (2005) en la que se avanzaba por horas y quien lo hacía no sabía si estaba en medio de la ciudad o en las afueras, “una mezcolanza urbana diluida en la llanura: pálidos bloques que se dan la espalda en herbazales hispídeos, entre empalizadas de tablas y cobertizos de chapa” donde terrenos baldíos se turnan en intermitencia con talleres, depósitos y fraccionamientos, donde “te internas por una calle de tiendas macilentas que se pierden entre manchones de campo pelado.” (p.164). En Juárez, así como en el resto de las ciudades modelo, se impone de modo estructural la obligatoriedad de vivir estrechamente con desconocidos, en una extensión horizontal distribuida en desigualdad y que propicia un comportamiento distante entre ciudadanos (Ellard, 2016). Sujetos que además habitan una ciudad que se opone al caminante –tanto en longitud como en infraestructura– y cuyos recursos se enfocan a la edificación de grandes superficies en las que consumir, cancelando no sólo el interés de vagar por la ciudad, sino limitando a su vez las interacciones al desarrollo económico en su mayoría.

En Juárez abunda la estructura maciza y pesante del concreto como estrategia, en los recorridos se patenta –como cuando Solá-Morales (2008) hablaba de Saint-Nazaire – cuánto esta ciudad gusta “de la tranquilidad del cemento bruto y de su perennidad como mamotreto” (p.78) De hecho pareciera que es el material que da unidad a la discontinuidad que prevalece en las formas construidas: la dominación de los espacios vacíos se esparce por un escenario en el que la división clásica centro-periferia se diluye para constituir un gran sentido de indiferencia hacia las construcciones, pues tampoco la proyección de viviendas parece estar enfocada al crecimiento urbano sino fundamentada en la rígida política económica²² del fraccionamiento que organiza los diversos límites en la ciudad. Como decíamos, si los espacios carecen de evento y la arquitectura no ofrece tampoco dicha posibilidad, si prevalece una arquitectura y diseño urbano que perpetúe la segregación y la violencia, si se beneficia a los espacios impersonales de las grandes superficies en detrimento de los pequeños locatarios, si se margina a parte de la población

21 Es muy relevante el término de civitas como construcción de ciudad. De hecho, Careri (2016) cuando define estas Artes Cívicas las subraya como “un término más comprometido, que tiene que ver con la civitas, con el estatus del ciudadano, con la producción no solo de espacio, sino también de ciudadanía, de sentido de pertenencia a la ciudad.” (p.110) Así, con hacer ciudad no nos estamos refiriendo tanto a una construcción física sino a las edificaciones políticas y simbólicas realizadas por las diferentes ciudadanías.

22 Saskia Sassen lo explicaba de forma muy concreta en su entrevista cuando concreta las estrategias económicas que socaban la vida en las ciudades: “Lo que está pasando con la vivienda es un robo inaceptable por parte de empresas poderosas que, simplemente, destruyen la vida de la gente de bajo ingreso”, sentencia. No se trata únicamente de gentrificación. Lo que está ocurriendo se llama “financiarización”: los grandes complejos de vivienda son adquiridos por las instituciones financieras para ser usados como activos.” (Maillard, 2019, s.p.)

hacia una zonificación precaria de la ciudad para acomodar y concentrar la acumulación de capital, si se anulan los asentamientos informales y las soluciones de las arquitecturas espontáneas, si se mantiene un transporte público deficiente e inseguro que hace proliferar el dominio absoluto del automóvil frente al peatón, entre otras razones, no habrá relatos que creen lugares ni puntos de encuentro que los interrelacionen. Estaremos desplazando la significativa práctica natural del convivir, recluyéndola a ciertos (no)lugares –mayormente privados– de reunión colectiva (malls, supermercados, aeropuertos, etc.), anulando la vida social en el espacio público. Por eso es difícil hacer ciudad en Juárez, donde es difícil restituir o reinventar un sentido de lugar por la reducción identitaria del espacio urbano y ha de hacerse como guerrilla, cada quién con sus posibles. Se hace una ciudadanía de la supervivencia en un espacio que no te permite intimar.

Desde muchas vías se aprecia los problemas de Ciudad Juárez para concretar una imagen (o imágenes) urbana (Ceniceros, 2016), y más cuando además del espacio público precario hablamos de un régimen policial y de Estado punitivos que, frente al desencanto social, reincide en la naturalización de un orden social que reproduzca “cuerpos dóciles y serviles” (Salazar, 2016, p.90), por lo que la ciudadanía ha de sumar a sus enfrentamientos diarios, aquellos contra dispositivos naturalizadores (y de control) del Estado. Y aunque ya para el 2020, los números y las percepciones habían variado un poco, todavía en 2012 se hablaba de cómo los habitantes juarenses modificaban su vida cotidiana para evitar ser víctimas de delitos:

“Ante el clima de inseguridad, la población fronteriza se ha visto obligada a cambiar diversas conductas para evitar ser víctima de la violencia y la delincuencia, la mayoría de estas conductas tiene que ver con la restricción de la movilidad de los individuos, otras están relacionadas con la limitación en la interacción con otros. Todas estas acciones afectan el desarrollo de la ciudad y limitan el ejercicio pleno de las garantías individuales; incrementan el estrés y disminuyen el sentido de comunidad” (Velázquez y Martínez, 2012, p.78).

Careri (2014) ya lo anunciaba cuando escribía que en “América Latina, andar significa enfrentarse a muchos miedos [...] El simple hecho de andar da miedo, y por tanto uno deja de andar: quien anda es un sin techo, un drogadicto, un marginal.” (p.162) Bien, no estamos en 2012, pero las “consecuencias ocasionadas por el fenómeno de la violencia y la inoperancia e ineficiencia por parte del Estado para controlar la situación, fueron devastadoras para la población juarense” (Mínguez y Zamarripa, 2016, p. 216). Por lo que, aunque la ola de violencia no es comparable ahora a la de entonces, muchas de estas prácticas se han instalado y siguen vigentes en la ciudadanía, que como señalan, ha perdido *communitas*. En el sentido de Esposito (2003), se ha arruinado aquello que es impropio, se ha extraviado la deuda compartida por los sujetos que conforman la comunidad.²³

Pero esta pérdida, como vemos, no sólo comprende las formas de vida residenciales, sino nuestra realidad política cotidiana, donde la vida a la intemperie de las ciudades tiene cierto costo y los servicios se privatizan para servir sólo a aquellos que pueden costárselos. Las relaciones de producción y de reproducción que jerarquizan y dividen

23 Esposito (2003) profundiza en dicho término no sólo en su sentido de público –en contraposición a lo privado o general–, que no pertenece a nadie y es de todos, sino que lo estira no a una propiedad sino a una carga compartida, un deber de todos. Un vaciamiento que nos descentra como propietarios y nos acerca a una retribución que debemos y nos deben: “no es lo propio, sino lo impropio –o, más drásticamente, lo otro– lo que caracteriza a lo común.” (p.31)

las funciones sociales que se encadenan para salpicar trabajo y familia (De Mattos, 2015) siguiendo, como decíamos la lógica de la mercancía, que se convierte en “una nueva forma de planificación espacio global” (p.42). Pareciera así que la programación urbana del futuro emplea hoy principios parecidos a la construcción de parques de atracciones²⁴, y nuestros centros históricos en lugar de establecer puntos de encuentro públicos para la población, se empeñan en escapar de la realidad cotidiana con experiencias fuera de ella, bajo la lógica del casino (Ellard, 2016). Si gentrificar es idealizar un espacio, desplazar un ideal que no pertenece a un lugar y moverlo para colocarlo como objetivo homologador del mismo, es porque el capital también necesita producir espacio (cuanto más idealizado mejor) para subsistir, por lo que no podemos orillar su carácter político e ideológico producto de una determinada sociedad y de las relaciones que en ella y de ella se establecen.

Juárez ha sido lugar de inversión por diversas vías y en dimensiones variadas, pero enfocadas eminentemente al desarrollo económico del marco empresarial, ya sea con el establecimiento de corredores (boulevard) de bares, restaurantes, y diferentes locales de consumo de comida y bebida; plazas comerciales en diferentes puntos de la ciudad, proliferación del negocio farmacéutico, tiendas de autoservicio y el increíble desarrollo de los grandes centros comerciales o malls. Quedando la inversión en el espacio público reducida a casi nada. Es un ejemplo palpable de la penetración del capital en la mayoría de los ámbitos de la vida social, en lo cotidiano, abriendo una brecha que distancia las necesidades sociales de las ganancias y acumulación generada, pues el uso del espacio urbano juarense tiene una fuerte determinación a la transacción económica y no al disfrute de la ciudad. A esta fijación hemos de sumar “la dispersión urbana, situación que impide un aprovechamiento adecuado de los recursos urbanos y genera incoherencia en las percepciones del espacio” (Ceniceros, 2016, p.71), y provoca usuarios confusos que no colectivizan sus sensibilidades. Es decir, si el ciudadano no puede ejercer como tal el espacio público, este espacio puede degradar su sentido siendo privatizado por los sectores solventes que excluyen a los menos favorecidos, por lo que se llega a perder la comprensión de la geografía urbana y a no poder hacerse una imagen mental del lugar al que se pertenece (Sennett, 1997).

Esta privatización del espacio público juarense supone la imposición de la lógica de la mercancía encaminada hacia la mercantilización del desarrollo de la ciudad: “Nuestra economía se basa en que solo tiene valor aquello a lo que se le puede asignar un precio. Esto hace que tengamos una idea de la economía y la producción distorsionada.” (Díaz y Aguinaga, 2020, s.p.). Evidentemente este despliegue inversionista implica una reducción de dicho espacio público que es suplantado por otro en el que la vida colectiva propicie la perpetuidad de los poderes políticos y económicos del momento. Y este déficit conlleva un detrimento de la cultura urbana y un carácter cortoplacista que acaba por diluirlo progresivamente: “Aparece entonces el sentimiento de desposesión. Los habitantes se sienten presionados y amenazados, aumentan los costos del consumo, el comercio y los servicios substituyen a los antiguos para ascender a las nuevas poblaciones sean residentes o usuarias” (García, Ortiz y Prats, 2014, p.11) El espacio urbano se convierte así en el “en medio” entre un punto y otro de la ciudad, un recorrido a superar por el movimiento

24 “Tal como Koolhaas argumenta que la tecnología de lo fantástico de Coney Island influyó en el urbanismo serio de Manhattan, puede afirmarse que el diseño de las calles Mayor de Disney ha influido en la planificación urbana de Estados Unidos. Esta influencia se hizo explícita en la ciudad de Celebration, en Florida, diseñada a lo Disney, que emplea principios similares a los perfeccionados en la calle Mayor del cercano parte temático DisneyWorld. Ahora bien, a diferencia de un parque temático, que siempre debe constituir una huida de la vida real, Celebration se diseñó con la intención de funcionar como población real” (Ellard, 2016, p.100)

que no posee la menor estimulación para el ciudadano, que se ha motorizado. Los automóviles atraviesan Juárez, una ciudad para conductores desconectados del espacio que la cruzan a toda velocidad resultando meros espectadores que han desensibilizado su espacio “hacia destinos situados en una geografía urbana fragmentada y discontinua” (Sennett, 1997, p.21). Ciudadanos que, resguardados de su ciudad en las carcasas de sus automóviles, como decimos, acaban reuniéndose en los centros comerciales canjeando la construcción política de la comunidad por el consumo.

Ciudad Juárez tampoco es inmune a la propagación de los no-lugares (Augé, 2000), a cuyos síntomas no escapa: la multiplicación de habitáculos móviles –medios de transporte– y estáticos –cadenas hoteleras–, el semillero de supermercados y grandes almacenes, estaciones y aeropuertos, etc. Si a esto, como decíamos, le añadimos el movimiento rápido del automóvil, que acelera nuestra visión de la ciudad, estamos estimulando un repertorio de imágenes inmediatas que la fragmentan y la enjuician de forma aligerada, donde los espacios funcionales se mezclan y homologan con los vacíos sin criterio ni razón. Le Breton (2002) lo llamaría “el mundo del hombre apurado” (p.106). El movimiento es rápido, motorizado y eficiente, como fiscalizando el espacio en función del tiempo –de la producción que siempre falta– y privatizando las zonas públicas con un consumo colectivizado. Pero ¿qué tipo de ética podemos pedirle al capitalismo? La consideración de que lo público era substancialmente superior cívicamente a lo privado ha sido expulsada y reclusa en centros comerciales, privados y colectivos, por eso habrá que repensar estos lugares y reconocer “la naturaleza compleja del espacio urbano colectivo como espacio de experiencia, más que de prejuicio” (Solá-Morales, 2008, p.191). En Ciudad Juárez, como decíamos, se multiplican los centros y plazas comerciales mientras mayor es el abandono de explanadas públicas, parques o lugares de ocio comunitario y menor la inversión en rastos, ferias de autónomos y mercados, ocupaciones públicas y establecimientos barriales.

4. Levantar murallas y encerrar relatos.

Por todo lo anterior, a los ciudadanos se nos complica comprender la geografía urbana de Ciudad Juárez fuera de la perspectiva vehicular, así como hacernos una imagen mental de este “lugar al que pertenezco” (Sennett, 1997, p.389). Pero, además, la condición de Ciudad Juárez es de una urbe fronteriza, limitada por un muro con El Paso (Tx.) y la maquinaria estadounidense. Un muro que no sólo separa dos ciudades, sino también dos países que se relacionan de forma asimétrica “en torno a un eje principal de relaciones de dominación y dependencia respecto al desarrollo”, y como sigue argumentando Castells (2014), esta descripción no pretende subrayar una separación entre países ricos y pobres, o desbancar las prácticas consumistas, ni tampoco “la subordinación política de los países “subdesarrollados” a las metrópolis imperialistas (que no es sino la consecuencia de una dependencia estructural), sino [identificar] la expresión de esta dependencia en la propia estructuración interna de las sociedades en cuestión, y, más concretamente, en el funcionamiento del sistema productivo y en las relaciones entre clases” (pp.54-55) Y el muro norteamericano forma parte de la objetualización de esta realidad, donde una sociedad que se llama “privilegiada” ansía institucionalizar las fronteras y reforzar esta desigualdad distanciándose espacialmente de la realidad más precaria. Los muros no sólo son milenarios –en el deseo de que algo que fuera y algo dentro de dichas fronteras– también han configurado y modificado el mundo desde este principio divisional.

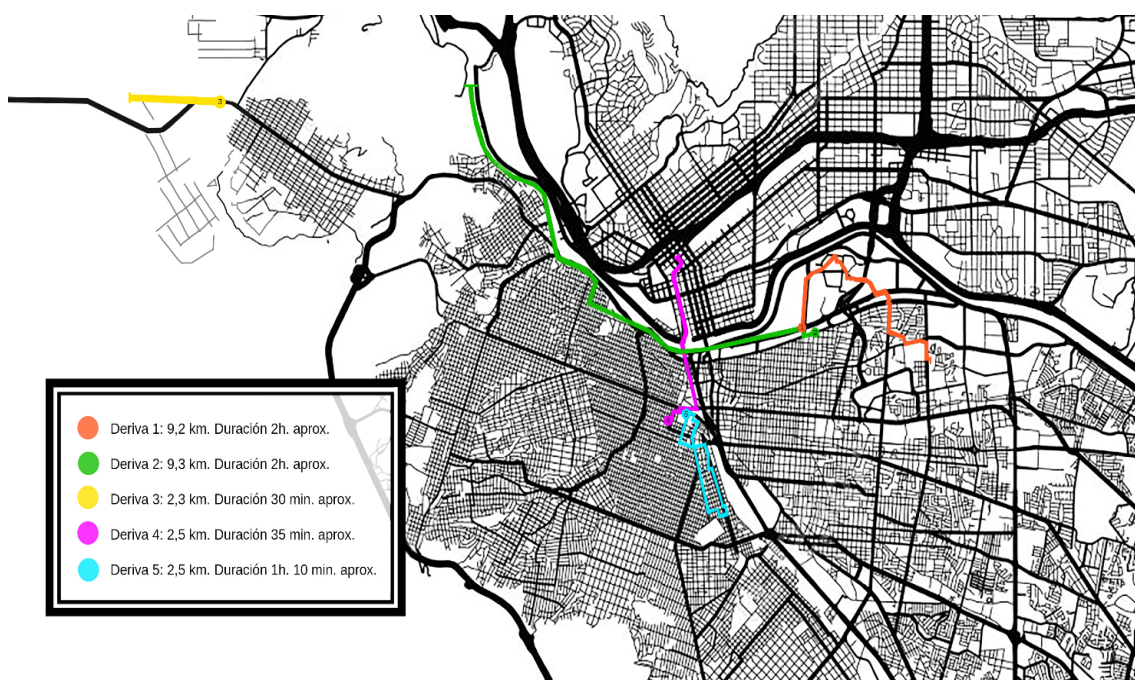


Figura 5: Cartografía de las 5 derivas realizadas por Ciudad Juárez y El Paso iniciadas desde diferentes puntos de la localidad. Resultado del taller “Caminar como práctica estética” realizado entre el 26 y el 30 de agosto de 2019 por Francesco Careri. Imagen realizada por Hortensia Mínguez.

Esta realidad física del muro a lo largo de la frontera es voluble, alterándose con la topografía y transformándola a su vez:

“Cuando caminas por las arenas del desierto de Juárez, caminas junto a la comunidad del muro, la comunidad de la frontera. Aquí el horizonte es siempre cambiante, y hoy se vislumbra, a través de unos barrotes de acero color café. Algunos niños, jóvenes y adultos lo ven como un elemento lúdico más dentro del horizonte. Cambia a lo largo del tiempo, pero es atemporal también de cierta manera. La línea, la frontera, se vuelve algo físico y se eleva como un muro” (Ceniceros, 2017, p.46)

El taller “Caminar como práctica estética” realizado entre el 26 y el 30 de agosto de 2019 comprendió 5 recorridos en los que caminaron colectivamente entre 15 a 20 personas, para accionar diversos espacios a través del errabundeo y la transurbancia (Fig.5). En estas derivas, no sólo se desocultaron espacios vacíos dispersados por la ciudad, sino que se propició tomar el trazado urbano como material vivencial donde la interrelación y la afectividad depositada en el espacio público permitió entrever esas negociaciones que, como ciudadanos, realizamos con la arquitectura. Una serie de caminatas guiadas por Careri que fueron asentando cambios en los relatos del espacio, ofreciendo otras ciudades que para los participantes permanecían invisibles. La siguiente tabla²⁵ aproxima el esquema realizado:

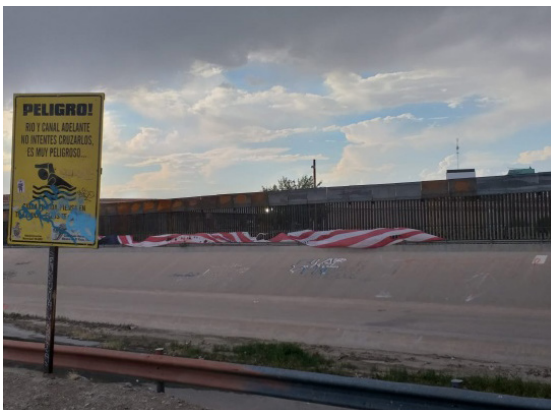
25 En estos recorridos no se tiene en cuenta el desplazamiento al lugar de salida ni tampoco el tiempo de espera dedicado a los cruces internacionales, pero dependiendo de la complejidad del trazado y las múltiples paradas realizadas para atender a las diversas construcciones, situaciones o terrenos la duración de la deriva cambiaba independientemente de la distancia recorrida.

| Deriva | Recorrido | Distancia | Duración |
|--------|--|-----------|-----------|
| 1 | Salida de calle Ing. David Herrera Jordán camino hacia el Chamizal, llegando hasta el Puente Internacional Córdova de las Américas (Av. de Las Américas). Regreso por el monumento a la Mexicanidad, hasta la calle Excelencia. | 9,2 km | 2h |
| 2 | Salida de calle Ing. David Herrera Jordán camino hacia Altavista pasando por el Puente Internacional Paso del Norte, en dirección hacia la Franja del Río y la Franja Sara Lugo, hasta llegar al Museo de la Casa de Adobe. | 9,3 km | 2h 9 min |
| 3 | Recorrido por el área metropolitana de Ciudad Juárez, una vez pasado el Rancho de la Anapra a lo largo de la línea fronteriza con EE. UU. en paralelo a la carretera Anapra de San Jerónimo, área Lomas de Poleo hasta el final de la calle De la Manzana. | 2,3 km | 30 min |
| 4 | Salida de la Calle Ignacio Mariscal en dirección a la Avenida Benito Juárez hasta cruzar por el Puente Internacional Paso del Norte hacia El Paso (Texas) hasta llegar a la Fuente de Los Lagartos en la Plaza de San Jacinto. | 2,5 km | 35 min |
| 5 | Recorrido por el centro de Ciudad Juárez, desde la plaza de las Armas hasta la calle Joaquín Terrazas dirección a la Pila de la Chaveña. Posteriormente, por la Calle J. Sánchez hasta el Parque de la Chaveña siguiendo por la calle Libertad hasta los Herrajeros Mall para volver a subir a lo largo de la Avenida 5 de febrero hasta llegar de regreso, a la Pila de la Chaveña. Nuevamente, por Joaquín Terrazas con cruce Jesús Escobar hasta la Plaza de Armas. | 2,5 km | 1h 10 min |

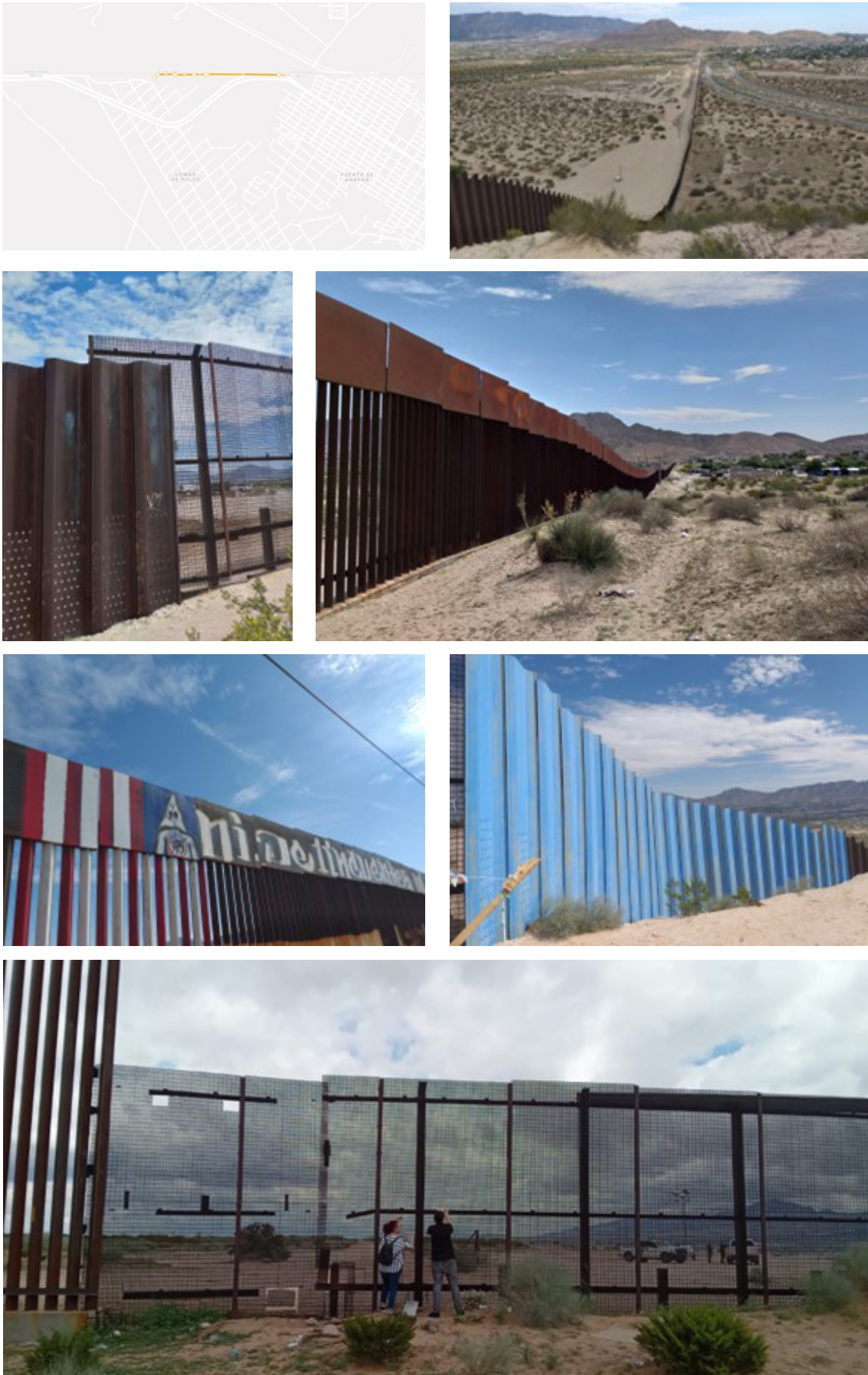
Se recorrieron así varios kilómetros del muro que separa Ciudad Juárez y El Paso, en diversas zonas y durante tres de las sesiones, en las que se pudo dimensionar tanto su materialidad como objeto, su estructura como dispositivo, su práctica como artefacto, así como sus densidades y características contextuales. A este respecto, al finalizar su visita le preguntamos a Careri si su idea de muro cambió a lo largo de su estancia en Juárez y cuál ha sido la vivencia de frontera en sus diferentes formas políticas, violentas, represivas, etc.:

Hay muchos diferentes muros en este muro, incluso sólo atendiendo al tipo de material con el que está construido, la altura, si es opaco, ... el muro de Bush, el muro de Trump, el muro de antes [y el de Obama y los privados] Aquí en el centro [histórico] el muro tiene un espesor muy ancho por el canal. Y luego el tren, ahí donde se cruza el puente, ves cuánto es de ancho, y después tú también con tu cuerpo tampoco puedes acercarte ahí. Y poco a poco conforme va saliendo de la ciudad cada vez puedes acercarte más y el muro se afina [adelgaza] hasta que, ya en compañía de los soldados, puedes incluso tocarlo y escribir sobre él. En ese punto es verdaderamente una línea. Después desaparece cuando llegas al barrio de Anapra, donde no hay muro porque en la montaña dicen que el muro es difícil de construir. Entonces hay coyotes²⁶. Todos los lugares son muy diferentes entre ellos. Y además...bueno, esto es el muro físico, después está todo el dispositivo muro, que es un

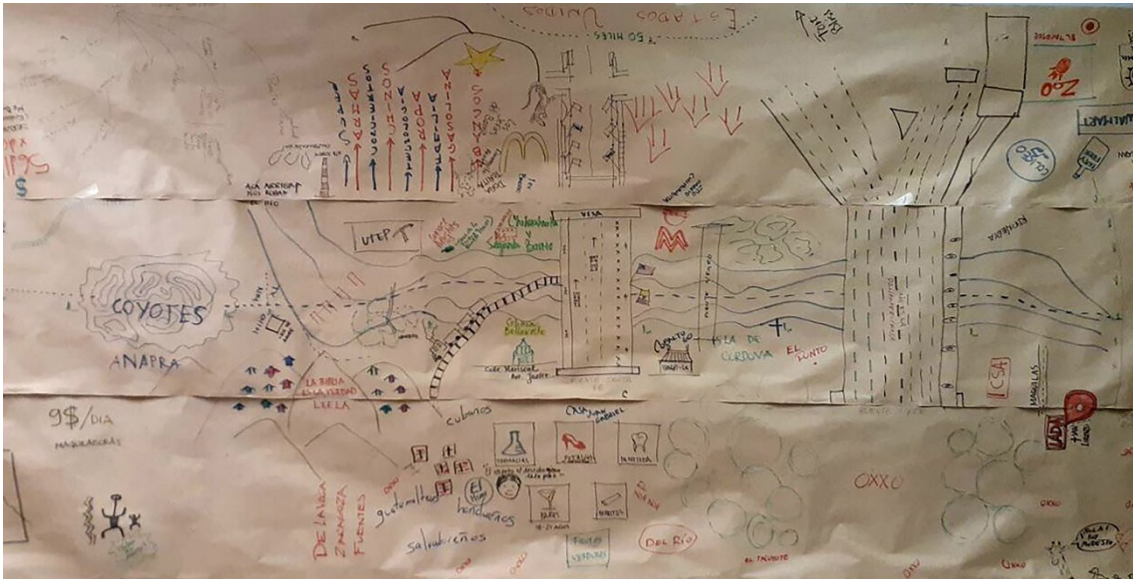
26 Los coyotes son contrabandistas mexicanos de personas —a veces también de drogas— que guía a los migrantes indocumentados para cruzar la frontera entre México y Estados Unidos, así como entre Guatemala y México, facilitando llegar al “sueño americano” (McDonnell, 2019). Este tráfico hacia “el otro lado” viene produciéndose durante décadas, aunque en los últimos años se ha dificultado muchísimo debido a las políticas de migración del presidente Donald Trump que aprovechó políticamente la mediatización de las caravanas migrantes para endurecerlas, siendo hoy mucho más mortal que anteriormente (Cattan, 2019). Pese a que estos traficantes son solicitados bajo recomendación o por experiencia, el abandono o la extorsión infligida por algunos grupos y pandillas, que han criminalizado las dinámicas a través de mafias y violencia sobre los migrantes, le ha provocado su mala fama (Robinson, 2019). Dependiendo de la zona y la época, el costo ha variado de los 1,800 a los 12,000 dólares por persona, teniendo en cuenta el régimen de seguridad y encareciéndose cuando los clientes necesitan documentos falsos o transporte especial más allá de la frontera (McDonnell, 2019 y Cattan, 2019).



Figuras 6-10: Fotografías del muro y el “bordo” realizadas a finales de agosto de 2019 a partir de los recorridos que partían del barrio Bellavista en la zona centro. Fotografías cedidas por Brenda Ceniceros, Carlos del Rosal, Carles Méndez y Hortensia Mínguez.



Figs. 11-17. Arriba, cartografía de la caminata realizada por la frontera Ciudad Juárez-El Paso en el barrio de Anapra. El resto son fotografías del muro realizadas a finales de agosto de 2019 a partir de dicho recorrido. Fotografías cedidas por Brenda Ceniceros, Carlos del Rosal, Carles Méndez y Hortensia Mínguez.



Figs. 18-19: Arriba, mapa psicogeográfico realizado por los integrantes del curso. Abajo, algunos participantes del taller. Fotografías por Hortensia Mínguez.

muro que tiene las reglas de los Estados Unidos, pero hay un muro también en la frontera con el sur, con Guatemala y con todo. Y esto es parte del dispositivo muro, es como si el muro [de Estados Unidos] fuera todo México. Y la maquiladora, el hecho de que no pagan impuestos porque es parte de un trabajo, y...no sé...es una cosa muy compleja este muro.

Es decir, sí, físicamente después lo ves, al muro físico, porque es brutal y finalmente hay algo que tú puedes tocar...pero el símbolo es de una cosa mucho más compleja. La cosa más fuerte y artística que hice fue contarle el primer muro al soldado [maravilloso]. Le dije: “ahora te cuento la historia del primer muro, que Caín construyó para que Abel no pasara”²⁷. La cuento muchas veces. Y además en la montaña está escrito “la Biblia dice

27 Cuando Esposito (2003) aborda la “cosa pública” como esa carencia que nos conjunta, señala también esta historia, donde Caín —el sedentario— sería quien conformara ideológicamente la comunidad humana fija antes que Abel —el nómada— constituyera en su accionar la civitas. (pp. 37 y ss.)

la verdad. Léela”²⁸. Yo no soy religioso, de nada...pero creo que en la Biblia están escritas cosas que nos cuentan acerca del mundo antes de la escritura, que han llegado ahí, alguien lo ha escrito. Son cuentos si queremos saber qué pasó antes...como la epopeya del Gilgamesh, donde se encuentran todas estas historias de antes (F. Careri, comunicación personal, 1 de septiembre de 2019).

Como relataba Careri –desde la historia bíblica–, levantar muros es colocar sistemas de poder en el espacio, a partir de dispositivos físicos que subrayan un borde visual hasta el cual se llega y desde el cual se parte, una dualidad que se traslada al uso social de dicho espacio en el que se “marca los bordes dentro de los cuales los usuarios ‘familiarizados’ se auto reconocen y por fuera de los cuales se ubica al extranjero o, en otras palabras, al que no pertenece al territorio. Precisamente un territorio se reconoce en virtud de la “visita” del extranjero, quien bajo distintas circunstancias ha de ser-indicado como por fuera del campo respectivo.” (Silva, 2006, p.59). Evidentemente, en el país vecino se exalta una política vitalista al respecto, en la que el extranjero –el Otro– siempre es alguien más y no nosotros mismos también. Así, ese muro hace de la frontera una barrera que muestra la presencia de un otro basado en las diferencias, separándose de las fronteras naturales y concentrándose en las lingüísticas, culturales, políticas, etc. Mientras, como veíamos, la ciudad continúa en su ambición de homogeneizar el espacio, el enfrentamiento del juarense con sus diferencias y desigualdades cotidianas convive con la contradicción fronteriza, con el borde como ese otro (tercer) espacio que tiene unas reglas que le son propias.

Una normalización a la que constantemente se oponen resistencias, no sólo físicas –con un muro con perforaciones y zonas endebles–, sino ideológicas y simbólicas, utilizando las mismas prerrogativas americanas para incorporarse a su terreno, sea con proyectos conjuntos, con la contaminación de ideas, con familias que se diseminan en ambos lados, etc. Careri lo explica de la siguiente manera: “En las ciudades actuales, que se transforman a tanta velocidad a espaldas de los ciudadanos y que explotan en miríadas de enclaves en el territorio extraurbano, andar y franquear límites se ha convertido, por el contrario, en la única manera de reconstruir en un hilo unitario los fragmentos separados de las ciudades en las que vivimos” (Careri, 2016, pp.111-112). Y es que, pese a todo, la ciudad persiste con el movimiento de sus habitantes, no puede, en cualquier caso, dejar de contarse. Como dice Le Breton: “Al salir de su casa la inventan vivificándola con sus recorridos, sus encuentros, sus frecuentaciones de tiendas, jardines públicos, [...] Los caminantes son el signo de su vitalidad o de su adormecimiento, del placer o del aburrimiento.” (Le Breton, 2014, p.128) En este caso, lo que ocurre es que en Juárez se camina poco y la experiencia emocional de la urbe como lugar es (casi) inaccesible al peatón.

5. Conclusiones. Contra el espacio como impedimento

Para dar un cierre al presente texto, queríamos recordar la relevancia de las palabras de Le Breton (2014) cuando aseguraba que toda ciudad “contiene innumerables otras ciudades, y para el mismo caminante o el mismo habitante innumerables capas afectivas

28 Elevación rocosa ubicada en la Sierra de Juárez al oeste de la zona urbana que alcanza unos 1720 metros de altura sobre el nivel del mar. En ella, la comunidad evangélica de la frontera pintó en 1987 con agua y cal el mensaje “Ciudad Juárez, la Biblia es a verdad, léela”, que por sus grandes dimensiones puede leerse desde varios puntos de la ciudad. Desde hace años la población se debate entre negar su restauración bienal –apoyada en ocasiones incluso por el municipio– por su daño a la biodiversidad y el ecosistema de la Sierra, así como apoyo a una religión en concreto (Lucero, 2018), y su inclusión en el Record Guinness como motivación (NetNoticias, 2018).

que no dejan de modificarse según el humor” (p.129). Caminar por Ciudad Juárez pudo generar muchas otras capas de afectividad con nuestra ciudad, anulando por un momento la consideración de ciudad como cuerpo a ser atravesado, y eliminando la obligatoriedad de llegar de un punto a otro de forma “eficiente”. Careri, hablando del sentido de la arquitectura, se centraba en el significado social de comprender qué es el lugar, de elaborar operaciones de escucha que frecuenten el espacio a fin de que surjan nuevas imágenes y puntos de vista sobre el territorio (Nieddu, 2010).

En ese urbanismo horizontal de Juárez, no encontramos la libertad –y condena– de la habitabilidad móvil de los pueblos errantes como los rom que explica Careri (2019), ni tampoco gozamos de parques barriales llenos de niños, pero sí constatamos inmensos espacios limitantes, prohibiciones, peligros y violencias que propician, por un lado, la circulación de los automóviles y coartan, por otra, la del ciudadano. Por esta razón, comprendemos la dificultad de construir la identidad de una ciudad a través de su misma ciudadanía si ésta no es capaz de generar relatos propios, sino que, al contrario, se ve obligada a reapropiarse de aquellos institucionalizados y comercializables debido a su poca autonomía. Situación en la que la pregunta de Augé (1998) no sólo sigue vigente, sino que continúa de radical notabilidad: “¿Podemos todavía, en rigor de verdad, imaginar la ciudad en la que vivimos y hacer de ella el soporte de nuestros sueños y de nuestras expectativas?” (p.112) No se trata, como decíamos, de idealizarla a través de la gentrificación, ni de enriquecerse edificando grandes espacios privados de colectividad en los que compartir tus intercambios comerciales, sino de ser selectivos. Por ejemplo, Careri con su nuevo proyecto CIRCO en Roma lo que pretende es la “pauperización del centro, de llevar la pobreza al centro y mostrarla a los turistas” (comunicación personal, 1 de septiembre de 2019), hacer ver aquello que se esconde para atacar dos vías simultáneamente: la invisibilización de la violencia cotidiana y la movilización forzada de los antiguos habitantes de los centros históricos. Es la recuperación de la convivencia histórica de la ciudad, el regreso de la urbe con civitas. Si la ciudad como tantos otros, es un espacio que llenamos física y simbólicamente, para responder a la pregunta de Augé habremos de conocer las diferencias entre habitar, residir o tener a la ciudad como base. Es decir, tal y como hemos abordado en el texto, si necesitamos vivirla para alimentar nuestra mirada, para apropiarnos de ella e incorporarla a nuestro sentido de espesor del mundo, será difícil un habitar deseable cuando la urbe es –como indica Le Breton (2002) de la arquitectura y urbanismo racionalista– “la afirmación de una sumisión de la ciudad a la circulación de los vehículos, [que] nunca fue bueno para la experiencia corporal del hombre” (p.105), donde los espacios de encuentro vivencial se ven desdibujados.

Sumemos a esta situación el contexto de frontera que –como Sánchez Benítez (2019) señala–, varios han nominado como el “tercer espacio”, ese en el que mientras muchos residen, otros buscan exilio, en el que la otredad se negocia a la vez que se disputa, y donde las dinámicas son locales y globales. Según lo que hemos observado, podemos ubicar entonces a Juárez –y muchas otras ciudades– en esa “tela de la geografía [que] se ve de pronto plegada aquí y allá, sin importar las distancias, haciendo vecinas regiones imposibles, reubicando una zona en otra, convirtiendo el espacio en una zona de referencias, o bien trasladando el océano al desierto para que el cielo sea la superficie del agua.” (p.19) Ciudad Juárez no puede escapar de esa línea de intercambios culturales y políticos, ni evitar al mismo tiempo el muro que excluye a la vez que encierra, por ello tras el recorrido subrayamos el pensamiento de García Canclini (2011) al considerar en el progreso de las murallas “la clave de la pérdida del relato social” (p.80). Como decimos, un tejido de dificultades para la construcción de ciudadanía –tanto cultural como políticamente hablando– que carece de autogobierno y de relatos más allá del programa

unificador de narrativas oficiales. Entendemos además que la relación entre Ciudad Juárez y su vecino americano, El Paso (Tx.), no es simétrica e igual, sino que se produce bajo una interdependencia desigual y diversa que genera escenarios no polarizados en el consabido conjunto compacto “dominantes y dominados”, y que se proyecta desde sistemas multidireccionales afectados tanto desde la cultura global como localizada. Una situación que es fácilmente extrapolable a otras ciudades fronterizas, a otras relaciones donde el norte y el sur colindan en bordes políticos. En este contexto, simultáneamente, vemos cómo pueden precipitarse lugares que emergen desde la marginalidad aun estando situados en centros neurálgicos de las ciudades. Mundos de los que afloran nuevas preguntas sobre la ciudad.

Es así, que la relación propia de cada habitante con sus calles, monumentos y lugares significativos –como en este caso la frontera, el muro– conforma la memoria de la ciudad, una forma en la que los sujetos se apropian a su manera de la historia, de la referencia heredada. A través de los desplazamientos, de los recorridos, las caminatas y derivas hemos comprobado cómo aumenta el volumen semántico de la urbe, cómo en el cruce de itinerarios de vida entre los ciudadanos nos hace morarla de otra forma. Como si de un (re)encuentro estuviéramos hablando, en el que descubrimos algo que –incluso pudiera ser que– ya supiéramos que estaba allí. Estas memorias agrandan tanto las dimensiones como la densidad semántica de la ciudad, y al caminar por ella comprobamos su intransitabilidad al tiempo que pudimos conocer sus formas de ser derivada. Aunque nuestros cuerpos atestiguaron la celeridad continuada de la ciudad, tomamos el acto de caminar como lentificante de la vida en la urbe –así como el silencio de Le Breton (Bujalance, 2017)– que significó la terapia reparadora y posibilitadora de un tipo resistente de experiencia política: “un posicionamiento de contrapoder en un mundo sobrecargado de celeridad crónica, incontenente ruido, palabrería huera y alienante, polarización de los juicios, medios de comunicación acrílicos y chillones vertiendo sin pausa información desconectada de significado. Los tiempos del caminar son tiempos disidentes, confabulan contra esa competitividad erigida en eje axial de la vida humana.” (Valle, 2020, s.p.) Encontramos, de este modo, que atestiguarlos en la arquitectura de la ciudad implica recuperar nuestro tiempo para establecer vínculos y tramar relatos con el espacio: hacer lugares. Como asegura Solá-Morales (2008) es la piel de las ciudades, su epidermis, el primer estadio con el que contactamos nuestros cuerpos y con el que llegamos a su profundidad, es en esa relación con su materialidad que delineamos nuestra “experiencia urbana” (p.23)

En cada caminata hay unas expectativas, incluso la de descubrir en una ciudad fronteriza con los Estados Unidos ¿Dónde empieza el norte y para quién? Caminar es atender nuestro habitar de las cosas dentro del sistema espaciotemporal que nos ordena, y por ello transforma la ciudad visualizándola como un organismo vivo; en nuestro caso, Ciudad Juárez ha demostrado en múltiples ocasiones su monstruosidad, aniquilando incluso a su ciudadanía –figurada y literalmente– y, sin embargo, no se presentó como imposible. Caminar no es insostenible si como forma colectiva de compartir el espacio público se sostiene, en su esencia, en contra de la eficiencia capitalista –aunque sea una contracorriente práctica idealista–. Cada lugar tiene su propio norte y, a su vez, es norte de otro lugar –parafraseando a David Morley (Canclini, 2011) –. La construcción de relatos cimienta una ciudad, y los diversos caminares proponen narrativas alternas a la inmediatez capitalista, prefiriendo la ética y la estética por sobre las perspectivas económicas. Ante un territorio que parece ingobernable y ciudadanos echados a su suerte en el concreto (Streeck, 2017) estas derivas –dentro de un curso académico o no– suponen un plan que constituya modelos más éticos y mestizos de ciudad. Revisamos

los recorridos como forma de arte incluso, de artistas anónimos que no dejan huella, el caminar como instrumento de conocimiento fenomenológico que favorezca, en su devenir, la sucesión y despliegue de situaciones con el espacio compartido, forzar de alguna manera que acontezcan relaciones en la ciudad.

Como vemos, el asunto del recorrido radica en el proceso de entendimiento de cierta situación territorial más allá de la solución arquitectónica. Al experimentar la ciudad se va analizando su ordenamiento urbanístico, incluso sus operaciones de márquetin, para añadir miradas hacia la transformación urbana desde la práctica colaborativa en espacios de intercambio. Es importante, en este sentido, pensar los dispositivos que pueden resolver conflictos a la vez que mantener la identidad y la idiosincrasia de las comunidades (Ures, 2008). En esa discontinuidad que hemos observado en Ciudad Juárez, también atestiguamos cómo este arte del encuentro entreteje y une, en lo transitado, los diferentes fragmentos de la urbe. Ante la contingencia de una arquitectura sin objeto construido, observamos cómo las acciones también edifican y cómo estos tropiezos suponen una interacción en la que la arquitectura se vacía para ser llenada, pudiendo ser vivida como realidades inacabadas a la espera de vivencias. Las transformaciones físicas y simbólicas del caminante ofrecen otros valores e impresiones con el espacio que posibilitan alternativas arquitectónicas, pues frente a la precarización de lo común, frente al urbanismo del desprecio que anunciaba Careri (2016) donde el terreno y la especulación valen más que la vida, caminar toma la ciudad por sorpresa, de manera lúdica e inútil, y viabiliza estéticamente un juego político más eficaz en ocasiones que las propias construcciones o la política urbanística. Vila-Matas (2019) en sus citas famosas –a veces inventadas, otras veces mejoradas–, nos recordaba a Leonardo Da Vinci considerando la gravedad: “cualquier cosa que pesa quiere ir al centro del mundo” (p.207). Nos resulta interesante para concluir este texto, precisamente porque implica una abertura a la posibilidad, es decir a la unión entre el peso y el paso, una relación de nuestra carga mnemotécnica y el fenómeno de avanzar en el espacio, a contemplar el exceso espacial y hacerlo, a nuestro modo, cercano.

6. Referencias Bibliográficas

- Augé, M. (1998). El viaje imposible. El turismo y sus imágenes. Gedisa.
- Augé, M. (2007). Por una antropología de la movilidad. Gedisa.
- Baudelaire, Ch. (2021). El pintor de la vida moderna. Alianza editorial.
- Benjamin, W. (2005). (1927-1940) Libro de los Pasajes. Ediciones Akal.
- Bernardini, A. (2022). Relembro Francesco Careri. *Uberlandia*, 1, p.299-313. DOI 10.14393/EdA-v3-n1-2022-65335
- Bujalance, P. (17 de octubre de 2017). Guardar silencio y caminar son hoy día dos formas de resistencia. Entrevista a David Le Breton. *Diario de Sevilla*. https://www.diariodesevilla.es/ocio/Guardar-silencio-caminar-resistencia-politica_0_1183081790.html
- Calabi, D. (2012). História do urbanismo europeu. *Perspectiva*.
- Calvino, I. (2005). Ciudades invisibles. Siruela.
- Careri, F. (2014). Walkscapes. El andar como práctica estética. Gustavo Gili.
- Careri, F. (2016). Pasear, detenerse. Gustavo Gili.
- Careri, F. (2019, 27 de agosto). Walkscapes. El andar como práctica estética [Conferencia]. 4º [Re] imaginando la ciudad desde el borde, Ciudad Juárez, México.
- Castells, M. (2014). La cuestión urbana. Siglo XXI.
- Cattan, N. (20 de octubre de 2019). El fin de los ‘coyotes’ en la frontera con EU está más lejos de lo que Trump cree. *El Financiero*. <https://www.elfinanciero.com.mx/mundo/el-final-del-trabajo-para-los-coyotes-en-la-frontera-con-mexico-esta-mas-lejos-de-lo-que-trump-cree>
- Ceniceros, B.I. (2016). Imagen y espacios vacíos de Ciudad Juárez. De la percepción social hacia una propuesta de intervención urbano-artística. IAPEM.
- Ceniceros, B.I. (2017). Cartografías de la frontera. Bazart Juárez Colectivo.
- Ceniceros, B.I.; Méndez, C. (2020). [Re]imaginando la ciudad desde el borde. Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.
- Clavel, P.; Young, R. (2017). “Civics”: Patrick Geddes theory of city development. *Landscape and Urban Planning*, 166, p. 37-42. <https://doi.org/10.1016/j.landurbplan.2017.06.017>
- Crivelli, J. (2016). Nuevas derivas. Metales pesados.
- Choay, F. O. (2013). Urbanismo. Utopías e realidades. *Perspectiva*.
- De Certeau, M. (2000). La invención de lo cotidiano. Artes de hacer. Universidad Iberoamericana.
- De Mattos, C.A.; Link, F. (2015). Lefebvre revisitado: Capitalismo, vida cotidiana y el derecho a la ciudad. RIL editores.
- Debord, G. (1976). La sociedad del espectáculo. Miguel Castellote Editor.
- Díaz, T.; Aguinaga, I. (22 de febrero de 2020). Nuestro modelo de vida ha generado una economía caníbal que se sostiene devorando otros cuerpos y territorios.

Diario Noticias de Navarra, Conversaciones en el Foro Gogoia. <https://www.noticiasdenavarra.com/actualidad/sociedad/2020/02/23/modelo-vida-generado-economia-canibal/1025387.html>

Duch, Ll. (2015). Antropología de la ciudad. Herder.

Ellard, C. (2016). Psicogeografía. La influencia de los lugares en la mente y en el corazón. Ariel.

Esposito, R. (2003). *Communitas: Origen y destino de la comunidad*. Amorrortu.

Flores Simental, R., Vázquez, O, y Gutiérrez, E. (1995) *Crónica en el desierto, Ciudad Juárez de 1959 a 1970*. Ágora-UACJ.

García Canclini, N. (2011). *La sociedad sin relato. Antropología y estética de la inminencia*. Katz.

García, M. D.; Ortiz, A.; Prats, M. (2014). *Espacios públicos, género y diversidad. Geografías para unas ciudades inclusivas*. Icaria.

Gardinetti, M. (17 de noviembre de 2014). El pensamiento arquitectónico por Jaques Derrida. Entrevista de Eva Meyer para Domus 671, abril de 1986. TECNNE. <https://tecnne.com/biblioteca/escritos/el-pensamiento-arquitectonico-por-jacques-derrida/>

Geddes, P. (1960). *Ciudades en evolución*. Ediciones Infinito.

Guattari, F.; Rolnik, S. (2006). *Micropolítica. Cartografías del deseo. Traficantes de Sueños*.

Guerra, L. (2017). *De la inexistencia del arte (Seminario)*. Brumaria.

Harvey, D. (1998). *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Amorrortu editores.

Homobono, J. I. (2003). La ciudad y su cultura en la obra de Lewis Mumford. *Zainak*, 23, pp. 175-256.

Iglesia, A. M. (2019). *La revolución de las flâneuses*. WunderKammer.

Jacques, P. B. (2020). *Fantasmas modernos: montagem de uma outra herança*. EDUFBA.

Le Breton, D. (2014). *Caminar: Elogio de los caminos y de la lentitud*. Waldhuter.

Le Breton, D. (2002). *Antropología del cuerpo y modernidad*. Nueva Visión.

Lezama, J.L. (2002). *Teoría social, espacio y ciudad*. El Colegio de México.

Londoño Niño, R. J. (2011). La docencia de la historia de la arquitectura en la Universidad de los Andes, Colombia. *Dearq* 09, 102-113. <http://revistas.uniandes.edu.co/doi/pdf/10.18389/dearq9.2011.10>

Lucero, F. (4 de septiembre de 2018). Pinta en cerro daña ecosistema, invita a una religión y se involucra a alcalde. *YoCiudadano*. <https://yociudadano.com.mx/noticias/pinta-en-cerro-dana-ecosistema-invita-a-una-religion-y-se-involucra-a-alcalde/>

Maillard, T. (25 de julio de 2019). Entender el despojo en las ciudades. Entrevista a Saskia Sassen. *Gatopardo*. <https://gatopardo.com/perfil/saskia-sassen-premio-principe-de-asturias/>

Masís, A. (2018). Concepción ideográfica del espacio: La singularidad y su valor en la construcción de un mundo habitable. *Rev. Rupturas* 8(2), 137-168.

- Martínez, Oscar J. (1982) Ciudad Juárez: el auge de una ciudad fronteriza a partir de 1848. Fondo de Cultura Económica.
- McDonnell, P.J. (18 de agosto 2019). Un 'coyote' que se gana la vida contrabandeando migrantes a Estados Unidos, dice, 'ahora está muy difícil'. Los Ángeles Times. <https://www.latimes.com/espanol/internacional/articulo/2019-08-18/los-trafficantes-de-migrantes-estan-viviendo-momentos-dificiles>
- Méndez, C. (coord., 2015). La otra ciudad. Recorridos de una gráfica disidente. UACJ.
- Méndez, C. (2016). Disidencias artísticas en Ciudad Juárez. Prácticas colaborativas en contextos de violencia. *Kult-ur* 5, pp.177-210.
- Mínguez, H.; Zamarripa, J. (2016). Tácticas activistas frente a la violencia en Ciudad Juárez. *Kult-ur* 3(5), 211-218.
- Morales, F.; Jiménez, F. (2018). Fundamentos del enfoque territorial: actores, dimensiones, escalas espaciales y sus niveles. UNAM.
- NetNoticias (28 de agosto de 2018). Retocarán leyenda del 'Cerro de la Biblia'. NetNoticias.mx. <https://netnoticias.mx/2018-08-28-804b41b6/retocaran-leyenda-del-cerro-de-la-biblia/>
- Nieddu, A. (2010). Stalker y la transurbancia. Entrevista a Francesco Careri y Lorenzo Rómito del Grupo Stalker. (h)ortus. <https://derivas-artisticas.blogspot.com/2010/01/stalker.html>
- Remesar, A. (2016). ¿Monuments vs Memorials? Some doubts, some reflections. No proposals? Núria Ricart (ed.) *Public space and memory*, p. 52-94. Universitat de Barcelona.
- Ríos-Llamas, C. (2018). Enseñar Historia en Arquitectura: rebasar la memorización de datos para estudiar los lugares de la memoria. *Revista Legado de Arquitectura y Diseño* 14(24). <https://legadodearquitecturaydiseno.uaemex.mx/article/view/11270/10055>
- Robinson, A. (19 de enero de 2019). Historia de un 'coyote'. *La Vanguardia*. <https://www.lavanguardia.com/internacional/20190119/454199344300/coyote-frontera-mexico-eeuu-migrantes-indocumentados.html>
- Sánchez Benítez, R. (2019). *Cruxi-ficciones. Siete escrituras transfronterizas* (Méndez, Villaseñor, Garza, Chavez, Yañez, Troncoso, Rivera Garza). Colofón.
- Saramago, J. (2007). *Viaje a Portugal*. Punto de Lectura.
- Scott, J.C. (2007). *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos*. Ediciones Era.
- Sennett, R. (1997). *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*. Alianza Editorial.
- Silva, A. (2006). *Imaginarios urbanos*. Arango Editores.
- Solá-Morales, M. (2008). *De cosas urbanas*. Gustavo Gili.
- Stern, A. (2007). Industria maquiladora de exportación. En C. Jusidman (coord.) *La realidad social de Ciudad Juárez*. Tomo I, pp.99-138. Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.

- Streek, W. (2017). ¿Cómo terminará el capitalismo? Ensayos sobre un sistema en decadencia. Traficantes de sueños.
- Steiner, G. (2002). Extraterritorial. Ensayos sobre la literatura y la revolución lingüística. Siruela.
- Ures, M. (2008). Hic sunt leones: Stalker en Montevideo. Nuevas miradas sobre el urbanismo y la arquitectura. La diaria, 25 de marzo, p.13.
- Valle, J.M. (18 de febrero de 2020). Prácticas de transgresión: caminar, leer, estar en silencio. Espacio Suma NO Cero. <https://espaciosumanocero.blogspot.com/2020/02/practicas-de-transgresion-caminar-leer.html>
- Velázquez, M. S.; Martínez, G. (2012). La inseguridad en Ciudad Juárez desde la percepción de los ciudadanos. En M. Limas (Coord.), Inseguridad y violencia en Ciudad Juárez, México. UACJ.
- Wolff, J. (1985). The Invisible Flâneuse. Women and the Literature of Modernity. *Theory, Culture & Society*, 2(3), 37-46. <https://doi.org/10.1177/0263276485002003005>

MÉNDEZ LLOPIS, Carles

Departamento de Dibujo. Centro de Investigación Arte y Entorno. Universitat Politècnica de València.

Email: cmendezllopis@gmail.com

ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-4401-1791>

Doctor en Bellas Artes, profesor contratado en el Departamento de Dibujo de la Universitat Politècnica de València (España), en la línea de generación y aplicación del conocimiento de “Obra gráfica. Creación y comunicación” desde el Centro de Investigación Arte y Entorno.

MÍNGUEZ GARCÍA, Hortensia

Departamento de Dibujo. Centro de Investigación Arte y Entorno. Universitat Politècnica de València.

Email: horteminguez@gmail.com

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-8531-4572>

Doctora en Bellas Artes, profesora contratada en el Departamento de Dibujo de la Universitat Politècnica de València (España), en la línea de generación y aplicación del conocimiento de “Obra gráfica. Creación y comunicación” desde el Centro de Investigación Arte y Entorno.